Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 23

San José, Costa Rica **1926** Sábado 19 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De allá y de acá

A José Salvador de Miranda



Dr. E. J. Varona

Visto por Massaguer

Señor don J. García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi muy estimado amigo:

Como nuestro Lles ha agotado la materia, me excuso de contestar su nuevo cuestionario [1]. *En cambio le envío ese articulito, por si tiene a bien publicarlo.*

Su más atento amigo y s.,

Enrique José Varona

Habana, 7 de junio, 1926.

Se duele usted de la situación en que ha caído nuestra patria, y me pide que la estudie. ¿A qué luz? ¿a la de mis propias opiniones? Podría tildárseme de parcial. Podría decirse que sólo tengo un molde, y quiero por fuerza encajar en él hombres y sucesos, sin cuidarme de los cambios que impone el tiempo. Prefiero colocarme más lejos, para abarcar un horizonte mucho más extenso.

Un viento de tempestad parece barrer el suelo de las naciones calcinado por la guerra, y sus soplos alcanzan a los países más distantes. La guerra fué espantosa; pero más espantoso es el estado de ánimo en que ha dejado a los pueblos. Se ha perdido la fe en la libertad. Es decir que el hombre se siente encogido, empequeñecido, y tiene miedo de mantenerse firme sobre sus pies. Obra de siglos fué la de ir haciendo al individuo dueño de su mente, de su corazón y de su cuerpo; la de ir aclarando sus ideas, elevando sus sentimientos, rompiendo las trabas de sus miembros. Esclavo de sus prejuicios seculares, acoquinado por sus temores a todo lo desconocido, siervo de su gleba, de la que tenía bajo las plantas y de la que se sentía parásito y no dueño, se había al cabo emancipado, trabajosamente emancipado, al conjuro de la ciencia y a la luz del derecho.

La codicia, la ambición, el rencor y el miedo, en singular consorcio, poseyeron a los gobernantes de grandes naciones y precipitaron unos contra otros a sus ejércitos, y tras éstos a sus pueblos. Una espesa nube de sangre cayó sobre el mundo; y cuando ha empezado a limpiarse los ojos, ha visto con espanto que la primera víctima de la guerra ha sido la libertad política.

Rusia ha aventado las cenizas del régimen carcomido de los zares, para caer bajo el puño férreo de los directores del soviet. Un demagogo audaz ha monopolizado el poder en Italia, y representa con igual desenfado en el escenario de su patria la tragedia y la comedia. Un soldado sin escrúpulo se ha guardado en el bolsillo la constitución de España. Y por donde quiera, en Europa, en América y hasta en Asia van saltando imitadores de esos condotieros que han dado el ejemplo, con aplauso de paniaguados satisfechos, cuando no de pueblos entontecidos.

Sí, todo parece cambiar en nuestro mundo occidental. ¿Recuerda usted como se hablaba hace treinta años de los Estados Unidos? No nos cansábamos de hojear la obra colosal de Bryce; y pensábamos con orgullo y regocijo que en nuestra América se había encendido ese enorme faro de libertad. Pues ya los Estados Unidos son una república imperialista del último modelo. Sus colonos de Puerto Rico y Filipinas se hacen lenguas de las maravillas de su gobierno.

Los grupos humanos, cuyos componentes se imitan unos a otros, son a su vez imitadores. ¿Por qué se había de detener la ola de la reacción ante las playas de Cuba? Salida ayer de colonia, ha vuelto, casi por su propio peso, a la colonia. Impulsada, con oculto pero firme empuje, por la banca norteamericana, va tomando su antigua posi-

1. Se refiere al abierto en este semanario por Alcides Arguedas.

ción, doblada sobre la caña con la mocha en la diestra. Produce millones de toneladas de azúcar; y se regocija con el río de oro que sale de sus trapiches, porque algún sedimento deja en el suelo por donde pasa. Su único anhelo es trabajar, para ganar y gastar. El medianamente rico sueña con un viaje a París; el más pobre, con un viajecito a la Habana. No hay otros ideales colectivos.

Desea Cuba un gobierno fuerte y paternal. Un capitán general con título de presidente. Ha olvidado lo que este régimen significa, y lo que cuesta; no en dinero, pero sí en independencia y dignidad personales. Aplaude que se hayan cegado las fuentes de las ganancias ilícitas en la administración pública; no porque nos hayamos morigerado, sino porque cree que así se ve libre del saqueo antes general. Le escuecen los nuevos impuestos, pero los sufre a regaña dientes, como mal transitorio y al que cabe buscar atenuaciones. Se regocija cuando se hace algún escarmiento en los malos jueces; y no se muestra exigente en materia de independencia verdadera del poder judicial.

Pero ¿cómo se puede vivir así? me preguntará usted, hombre de la época legendaria de los Agramonte y los Martí. Es que se vive de todos modos; y hoy están en lo alto y privan ideas y sentimientos que antes se ocultaban y disimulaban. Nos toca a los viejos liberales abrir paso, y contentarnos con criticar. El mundo no se detiene, porque estemos inconformes. Cada cual, entre tanto, se regala y refocila a su manera; se imprimen periódicos en loor del cesarismo, y libros para casarlo con la democracia; se escriben novelas y poemas y dramas, que van sacando como nuevo un ideal de vida más que viejo; y se forjan teorías, y se tienen planes de regeneración para el milenario que está detrás de la puerta.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 6 de Junio, 1926.

Mensaje de Haya Delatorre

El clamor de las vanguardias antiimperialistas de la Nueva Generación latinoamericana

QUERIDO señor Edwards Bello: he escrito a usted esta carta por intermedio de REPERTORIO AMERICANO que es el mejor trasmisor y receptor de las diversas corrientes intelectuales que se agitan en América Latina. Y le escribo a usted esta carta porque justamente acabo de leer en REPERTORIO la reproducción de algunas páginas de su libro *El Nacionalismo Continental* del que sólo conocía una referencia del tipo de las que se publican en el periódico liberal-burgués *El Sol* de Madrid, que tan ingenuos y equivocados puntos de vista sostiene respecto de nuestra América.

Las líneas de su libro acusan un nuevo género de literatura, el género por el que estamos clamando los hombres de mi generación cansados de ese verbalismo tan español y tan enervante que tiene invadida América Latina y que tanto contribuye al confusionismo que nos ahoga. El género de su literatura es *económico*, realista, y esto, sólo esto, asegura que su libro no va a perderse en las vaguedades retóricas de la gran mayoría de los hombres que en nuestros países quieren resolver sus problemas fundamentales con palabrería, con charlatanería de andaluces más o menos agradables.

Un libro como el suyo tiene que contribuir eficazmente a destruir todo ese castillo de literatura sentimental con el que se quiere defender América Latina del gran peligro histórico que la amenaza. Por lo que acabo de leer parece que usted dice—y este es mi grito desde hace tres años—que el imperialismo yanqui que amenaza a América Latina no es sino un hecho económico y que para defenderse de él, para estudiarlo, para dar el grito de alerta a nuestros pueblos adormecidos, es preciso señalar el riesgo tal cual es.

Mientras se hable de «la raza» (¿cuántas razas hay en América Latina...?) o de la «cultura», estaremos dando palos de ciego. Mientras nuestros pueblos no comprendan que *los están vendiendo y que esa venta la hacen las clases dominantes de cada país porque ellas son partícipes en el negocio*, mientras no se concrete el peligro imperialista en sus verdaderderos límites de hecho económico, estaremos ayudando como inconcientes traidores de nuestros pueblos, a la traición *conciente* de las oligarquías que nos venden.

Chile ha visto la pantomima de un Congreso Panamericano en el que la voz del delegado del pueblo dominicano, Morillo, fué desoída en forma insultante. El rechazo de Morillo en suelo latinoamericano es la más monstruosa humillación de nuestros pueblos, pero el pueblo chileno y su valiente juventud—esa valiente juventud de Gómez Rojas—no hizo nada, probablemente porque desconocía que el grito de Morillo era el grito de un pueblo oprimido, masacrado, robado y violado por los soldados de aquel «apóstol» Wilson que autorizó el bombardeo de Veracruz y la ocupación militar de Cuba. Después de eso, Chile ha llamado una «misión financiera» yanqui y le ha sometido a sus contralor la economía de su administración, confesando ante el mundo incapacidad por parte de los nacionales.

¿Y en cuanto al Perú? *La Prensa* de Lima, diario oficial de la tiranía, llamaba editorialmente a Leguía, el 10 de octubre de 1924, «el hombre de Wall Street».

Usted sabe como yo que mi país está enteramente vendido al imperialismo y que Leguía está bajo las órdenes de la Embajada yanqui en Lima.

Sin embargo, usted lo dice, «ni una protesta por la enagenación del estaño, etc.» Los pueblos del Perú y Chile, engañados, agitados, enfurecidos por «los hombres de Wall Street» no tienen ojos para ver que el conquistador está en casa, ni oídos para oír el rumor de sus nuevas cadenas. Para desorientarlos se ha inventado «el patriotismo». La demagogia chauvinista de los señores Alessandri y Leguía es la mejor Celestina del Imperialismo.

Por haber dicho esto y por haber declarado mi mas completa solidaridad con el pueblo chileno, al que creo tan engañado y tan víctima de sus clases dominantes como el pueblo peruano, por haberme rebelado contra esa farsa chauvinista que sólo sirve para favorecer la política del imperialismo, que significa la esclavitud definitiva de nuestros pueblos, por el delito de no ser un sentimental y haber señalado los problemas reales de mi país, estoy proscrito.

Naturalmente que sigo trabajando, sigo trabajando sin descanso porque nuestros pueblos vean claro que el único camino para defenderse del imperialismo es unirse, organizarse y disciplinarse en un gran Frente Unico que

arrebate el poder político a las clases gobernantes que nos están vendiendo y renueve la vida política latinoamericana, confederando los veinte pueblos dispersos y reorganizando su economía bajo el contralor de las clases productoras.

Pero para este gran propósito precisa la acción de todos los trabajadores Manuales e Intelectuales jóvenes de América Latina y que en cada país se constituya y organice y extienda la sección militante de una gran Frente Unico.

El primer paso es revolucionar los trasnochados hispanoamericanismos o latinoamericanismos que claman por «razas», «culturas», «espíritus», etc. Derribar esa literatura americanista envejecida y erigir una nueva literatura latinoamericana del tipo de la suya. Así fué en sus últimos tiempos la de José Ingenieros, que tan calurosamente siguió el llamamiento de esta nueva generación que en América Latina está tratando de concretar en su verdadero sentido histórico el gran problema de defender la soberanía de nuestros pueblos de la garra imperialista castigando la traición de las clases dominantes.

Brevemente le he escrito este mensaje porque quiero que sepa usted que un peruano libre saluda con todo entusiasmo la aparición de un libro nuevo y renovador. Mas que todo saludo la intención, el espíritu o si se quiere, el realismo de la obra. Nosotros no pedimos más a los escritores latinoamericanos que nos hablen de sus países, que nos digan cuantas empresas yanquis explotan su suelo y sus hombres y cómo y en manos de quiénes marcha la máquina económica de sus estados. Eso es la litetura nueva que necesitamos aunque, como en los libros de Manuel Ugarte, las conclusiones fueran todas equivocadas. Pero, queremos en la cuestión latinoamericana, una literatura de hechos, realista, económica. Creo que este es el clamor de las vanguardias antiimperialistas de la Nueva Generación latinoamericana.

Le abraza fraternalmente,

HAYA DELATORRE

1917 Club. Londres,
23 de mayo de 1926.

Los caballeros del aire

Sportsmanlike

A veces un solo rasgo de uno o varios individuos pinta el carácter de todo un pueblo. De esta clase es el hermoso rasgo de la aviación inglesa de Palestina no descansando hasta encontrar a los dos aviadores españoles perdidos en el desierto de Siria. Muchos lo juzgarán como un acto de altruismo, de humanidad. Sin duda lo es. Pero también es más que eso, o, si se quiere, menos que eso. En sus consecuencias, el rasgo no puede ser más humanitario; pero en sus móviles han entrado seguramente otros factores que los puramente altruístas. Yo lo calificaría como *sportful* o como *sportsmanlike,* palabras que no tienen en nuestra lengua traducción exacta, ni tal vez en ninguna otra europea, porque su espíritu es esencialmente británico. Aproximadamente *sportful* significa lo que participa del placer de jugar, y *sportsmanlike* lo que es propio del buen jugador. La hazaña de los aviadores ingleses es, ante todo, un gesto de buenos deportistas. Un francés de Damasco podrá ser tan humanitario como un inglés de Jerusalén o de Amman; pero tal vez no es tan *sportsman.* Hay diferencias nacionales de carácter.

Analicemos más detallamente este rasgo deportivo de la aviación inglesa. El vuelo Madrid-Manila, como antes el de Palos-Buenos Aires, es primero que nada un acto de intrepidez, un acto de voluntad de ser algo en este gran *sport* de la aviación contemporánea. Un deportista de raza no mira receloso los éxitos ajenos, antes los celebra por lo que representan en sí y porque, de rechazo, incitan en él el anhelo de emularlos y superarlos. Y un fracaso ajeno le duele, porque, buen deportista, se pone en lugar del que fracasa y siente su mala fortuna como cosa propia, y porque un mal éxito, sea de quien sea, daña al prestigio del juego mismo. Estoy seguro de que ningún pueblo como el inglés, que tanto ha admirado siempre el espíritu deportivo de la España pretérita de los descubrimientos, se congratula de este incipiente renacimiento de los españoles a los grandes *sports* de la civilización mecánica.

Caen dos aviadores en el desierto. Caben diversas actitudes ante esa desgracia, según el grado deportivo de los que asisten al espectáculo. El mal deportista se duele del infortunio como hombre, pero se encoge de hombros como jugador. ¡Qué se le va a hacer! Son gajes del juego. Los riesgos estaban previstos Si un jugador rueda por tierra y para levantarle hay que afrontar los mismos peligros que él corrió voluntariamente, no sería cuerdo intentar socorrerle. Ni hoy por ti, ni mañana por mí. Cada cual con su suerte. No se puede corregir la fatalidad. Así piensa el que no es *sportsmanlike.*

El que lo es, al saber caídos a unos compañeros de *sport,* siente el imperativo *sportful* de correr en su ayuda, la doble alegría de lanzarse al juego y de salvar a las víctimas del propio juego. Si el deportista lo es a medias, su intervención será también a medias, relativa. Se cansará antes de agotar todos los recursos; en este caso concreto de los aviadores españoles, antes de poder salvarlos o antes de descubrir que han perecido. Le invadirá el desaliento, ese desaliento que transpiraban algunos telegramas de los últimos días y que venían a querer decir: «¡Bastante se ha hecho! Se ha hecho todo lo humanamente posible. Sería temerario querer ir más lejos».

Pero si el deportista lo es absoluto, no cejará hasta encontrar muertos o vivos a los aviadores perdidos en el terrible desierto, entre el cielo y la arena, entre el hambre y la sed, entre el sol tórrido y el simún calcinante, entre las fieras hambrientas y la desesperación progresiva. Eso han hecho los aviadores ingleses, deportistas por excelencia, la raza más *sportful* y más *sportsmanlike* de todas; lo mismo en los juegos domésticos que en los grandes juegos internacionales, en los mecánicos como en los politicos, en los de la paz como en los de la guerra.

La vida como juego limpio y como juego arriesgado, la vida como deporte trascendente, como juego alegre, humano y creador: he ahí el rasgo determinante del carácter británico. Su lengua está enriquecida como ninguna otra por variantes y derivados de la palabra *sport,* juego: *sportful, sporting, sportingchance, sportive, sportively, sportiveness, sportsman, sportsmanlike, sportmanship.* Después de Atenas y Roma, España e Inglaterra han sido quizá los mejores jugadores de la Europa moderna. En el rasgo de la aviación inglesa hay también tal vez un fondo de simpatía específica racial. En el juego limpio del mundo, Inglaterra está un poco sola. España puede ser aún un buen compañero en el *sport* de la civilización occidental.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz,* Madrid).

Esto era allá... en 1920

Hallo entre mis papeles viejos esta carta de nuestro don Enrique Jiménez Núñez, tan constante y buen patriota: porque hay gentes que hasta de amar y servir a su patria se cansan, en este país de los múltiples cansancios. Puede perderse esta carta; más vale archivarla en el Repertorio; *es interesante. ¡Cómo es cierto que la he vuelto a leer con la añoranza de las cosas* que pudieron haber sido...! *Ideas, proyectos generosos no faltan: ¿verdad, mi noble señor don Quijote? Lo que no siempre llega es la oportunidad de realizarlos. Por eso, los que teniendo oportunidad de hacer algo memorable por el bien común, dejan pasar en vano el tiempo fugaz, son los sumos pecadores, de los que no tendrán perdón, porque han pecado contra el Espíritu.*

Esta carta, por lo demás, se completa con el Plan de una Escuela Nacional de Agricultura, del mismo don Enrique; puede verse en la Memoria de Instrucción Pública correspondiente al año **1920,** *y en la página 150.*

gm.

Guadalupe, 17 de Febrero de 1920

Señor Ministro de Instrucción Pública [1].

S. D.

Antes de emprender la tarea de hacer un proyecto de organización y un plan de estudios y trabajos para la Escuela Nacional de Agricultura que se propone usted fundar, creo necesario entrar en algunas consideraciones y proponerle algunas bases, sin las cuales, creo yo, la Escuela no produciría los frutos que el país tendría derecho de esperar de su mas importante escuela profesional.'

Ocioso parece tratar de explicar por qué está escuela sería la más importante y útil para Costa Rica. Mas bien habría que buscar las razones por las cuales nuestros hombres de Estado,—excepción hecha del Ldo. don Mauro Fernández, quien fundó hará unos 25 años la primera escuela de Agricultura, que fracasó por falta de personal bien remunerado,—no se han preocupado de asunto de tan vital importancia para Costa Rica. Nadie ignora que a la tierra debemos la prosperidad y la riqueza relativas de que disfrutamos; todos saben que a la gran división de la propiedad rural y a la ausencia de latifundios, al amor con que el gremio de labradores del campo, que lo forma la casi totalidad del país, deben las poblaciones del interior de la República su comodidad y su dicha, las virtudes de respeto, orden y economía y su amor a la paz,—consecuencia de su amor al pedacito de tierra,—que las caracteriza. La Escuela de Agricultura es la primera necesidad para Costa Rica. Hay que enseñar a las generaciones que se levantan el modo de sacar de la tierra, con el menor esfuerzo, la mayor suma de riquezas, utilizando los maravillosos adelantos realizados en las ciencias naturales, la química, la mecánica, etc., que son la base de la Agricultura moderna.

Pero si se funda la Escuela de Agricultura hay que hacerlo de modo que responda a todas las necesidades del país. Si se hace, hay que hacerla bien; como se ha hecho en todos los países civilizados.

Lo primero, en mi concepto, es saber si se cuenta con fondos y si el Gobierno está dispuesto a gastar en esta obra lo que fuere necesario.

En segundo lugar hay que estudiar con qué personal podría contarse y si el Gobierno está en disposición de asegurarle una situación estable, libre en absoluto de las contingencias a las que, como consecuencia de la política, están sujetos todos los servidores del Estado.

Dichosamente en Costa Rica hay todos los elementos necesarios para fundar una buena escuela de Agricultura. Hay varios profesionales que han hecho buenos estudios en grandes escuelas de Europa y Estados Unidos, y tienen ya la experiencia de las verdaderas necesidades del país y hay, además, muchas otras personas que han hecho buenos estudios en el país en diversos ramos de la agricultura.

Lo que se necesita para dar estabilidad a la Escuela y asegurar su éxito, es escoger el personal de la Escuela entre lo mejor de estos elementos, remunerarles bien y dignificar su carrera asegurándoles un porvenir como corresponde a los mejores y más útiles servidores del país.

Con este fin, me tomo la libertad de someter a su ilustrada consideración estas bases:

1.º—Los profesores de la Escuela Nacional de Agricultura serán *inamovibles*, mientras mantengan su competencia y no falten a sus deberes.

2.º—Gozarán de una dieta mínima de cinco colones por cada hora de clase. (Este modo de renumeración establecido por el sabio profesor don Elías Jiménez Rojas, ha sido la norma durante muchos años en la Escuela de Farmacia). Todos los profesores gozarán de la misma dieta sin distinción alguna.

3.º—Ningún profesor dará más de dos horas de clase diarias. Los que desempeñaren en la Escuela alguna otra función, fuera del profesorado, serán remunerados por aparte.

4.º—Cuando los profesores hayan prestado su servicio durante 20 años consecutivos, el Estado les asignará como pensión vitalicia la suma que devengaban como profesores.

5.º—Cuando una Cátedra quedase vacante el reemplazo de profesor se hará siempre por oposición ante un tribunal formado por profesores de la Escuela.

6.º—La Escuela de Agricultura será autonómica. Su cuerpo de profesores formará un Poder Docente Agrícola, capacitado e independiente, encargado de promover por todos los medios a su alcance el adelanto agrícola del país.

7.º—Todas estas garantías para la Escuela y para su profesorado deberán ser aseguradas, mediante una decisión de la Representación Nacional, que la eleve a Ley del Estado.

Yo creo, señor Ministro, que si el Gobierno, del que es usted tan digno Ministro, fundara la Escuela de Agricultura sobre las bases que dejo apuntadas, los resultados que de este procedimiento se obtendrían serían tan beneficiosos para el país en general, que este mismo plan se adoptaría, en breve plazo, en la proporción justa y necesaria, a las demás instituciones docentes del país, y se llegaría al fin, a dignificar y hacer una carrera de la profesión de los Maestros, esos servidores los más útiles y más necesarios para el adelanto de la Patria.

Si las bases que respetuosamente le propongo no son de su aceptación, siento decirle que no puedo aceptar la honrosa designación que me ha hecho, para proponerle un plan de organización y fundación de una Escuela Nacional de Agricultura.

Soy del señor Ministro, con distinguida consideración, muy atento y s. s.,

Enrique Jiménez Núñez

1. Por aquellos días creo que lo era el Sr. García Monge.

El amor en Francia
El amor en España

Dedico al señor Monge, director del Repertorio Americano

Francia es el país de la mujer. En todas partes triunfa el espíritu femenino, y si echamos una mirada a la historia, veremos que, en momentos patéticos, cuando la libertad peligraba, fueron mujeres las que encarnaron el ideal de salvación: Santa Genoveva y Juana de Arco. La primera, por el año 500, atajó a los bárbaros; la segunda, en 1430, salvó al país de la invasión inglesa, permitiendo la consagración de Carlos VII, en Reims.

Durante la Revolución, una mujer tomó una mañana la diligencia, desde su casita donde vivía, para ir a matar al tirano Marat, vengando así a los girondinos.

Las mujeres francesas tienen influencia decisiva en la historia. Ellas reaccionan por la política, lo cual valdría decir por la posteridad.

En general, la mujer, no piensa en la posteridad. Por eso nos inclinamos ante el espíritu superior de la francesa. Oscar Wilde escribía que la mujer es el triunfo de la materia sobre el espíritu. Esto significa que ama demasiado la vida, la materia que ella renueva en su ánfora. La posteridad empieza más alla del cuerpo...

En esa misma mañana, cuando Charlotte Corday tomaba la diligencia para matar a Marat, las mujeres de otras tierras estarían desabrochándose el jubón para hacer la transfusión de su vitalidad.

En España, que en este sentido es totalmente diferente de Francia, la mujer vibra por el sentimiento de la familia, pero muy pocas veces por la política o posteridad. La española considera como una calamidad a las mujeres que intervienen en los asuntos que ellas consideran del exclusivo dominio de los hombres. En España creen que el rol de la mujer es puramente casero. Esto ha conservado la pureza de costumbres y la bondad del pueblo.

Porque yo no creo que un sistema social sea superior al otro. No hago más que constatar hechos, indicando las ventajas, que, a mi parecer, tiene cada sistema. Si el concepto del rol de la mujer en España ha permitido la conservación del hogar puro y sobrio, en cambio, la ausencia femenina en los debates sociales ha sido lamentable para el progreso cultural del país.

Existen una cantidad de dichos y refranes en España para indicar la condición pasiva, sumisa, del sexo femenino: «La mujer ha de estar metidica en carnes y metidica en casa...» Allá gusta la mujer gruesa, porque la crasitud es signo de paz, de sedentarismo, de tranquilidad.

Si en Francia la mujer toma ciertas iniciativas para provocar el amor, en cambio, en España todo el trabajo incumbe al hombre. No hay más que recordar la forma cómo nos miran en la calle las mujeres de uno y otro país. La española pasa como una Venus mecánica, con sus andares provocativos, pero sin iniciativa, enteramente a merced del piropo. Ni se vuelve, ni responde. Espera siempre al hombre para que lo decida todo. Espera que la sigan enormemente, que la escriban, que la esperen, que la dominen todo lo más posible. El noviazgo necesita trabajos de catapulta. El novio tiene que disponer de un tiempo infinito. Por eso España fué siempre la tierra de los conquistadores de oficio. Don Juan era un hombre muy ocioso, rico y desaprensivo. Las mujeres se dejaban raptar por él como una fatalidad ¿Qué pueden contra él, cuando las persigue, les escribe, les acecha? El sentido bíblico de la mujer es obedecer al hombre.

El momento más voluptuoso para una española enamorada es aquel cuando el hombre toma posesión de su espíritu, ordenándola hacer una cosa, imponiéndola su voluntad:

—Ese vestido está muy corto. Quiero que, o lo alargues, o no te lo pongas.

La novia queda encantada y no se pone más esa prenda. Ya no se pertenece a sí misma. Ha pasado a ser *novia,* con todo el significado de dulce esclavitud que tiene en esas tierras semi-sarracenas.

Cuando una española se enfada con el pretendiente, le dice esta frase, llena de sugestiones:

—Tú no mandas en mí.

En cambio, en Francia, el amor es una gran camaradería. Marcelle Auclair me decía que se casaba como para continuar una amistad. El amor es cuestión de *piel,* dicen en Francia. *Question de peau.* Dos personas que se sienten atraídas fisicamente de manera irresistible. ¡He ahí el amor! Pero en Francia no entran las dominaciones, supremacías, imposiciones.

La española se resiste a cortarse el pelo y a fumar cigarrillos. La mujer no se ha hecho para eso. Las extranjeras que van a turbar la armonía de la vida española, reciben el despectivo dictado de «marimachos». La mujer para la casita, a cuidar los crios, a remendar calcetines y preparar el cocido del hombre.

La mujer figura algunas veces en la historia española, con una gran dignidad, saturada de femenil grandeza, pero solamente una vez en rol decisivo y fulgurante: Isabel la Católica. Si examinamos detenidamente la actitud de esta soberana llena de bondades, llegamos a la conclusión de que no escapó a la ley nacional que manda sumisión y acato a la mentalidad masculina. En esto se diferencia esencialmente Isabel de las mujeres francesas ante la historia.

Santa Genoveva, Juana de Arco, Carlota Corday, obran con avasalladora entereza viril. Isabel la Católica obra como mujer española. En el momento decisivo del auge español, cae vencida por el sacerdote.

Cuando su alma superior y vidente se resiste a expulsar a los judíos, cuando ha recibido un obsequio de 30.000 ducados de un prominente hebreo, llega el genio de la Inquisición, y, con una frase hueca, hace obedecer a su soberana:

—Judas vendió a N. S. Jesús Cristo por treinta dineros, y ahora Su Majestad quiere venderlo por treinta mil ducados.

La frase, vibrante y vacía como cohete, hizo mella en el bondadoso corazón de la soberana, que firmó el decreto. De esta manera obedeció a Torquemada. En la epopeya del descubrimiento ella se nos muestra igualmente femenina; cree en la videncia apasionada de Cristóbal Colón; le ayuda con todas sus fuerzas.

Agustina de Zaragoza, o de Aragón, fué vehemente e intrépida por un sentimiento de familia, cuando vió a su novio muerto y a su patria arrasada por el invasor extranjero. En las majas, que el año 1810 acuchillaban coraceros en Madrid, el sentimiento de patria se confunde con la pasión mucho más íntima del hogar. Son terribles cuando ven caer a sus maridos, a sus novios, cuando en sus arrasadas casas peligran sus hijos.

En Francia, la mujer interviene en forma constante y amplia en la política. En todo el curso de la historia francesa la mujer aparece asumiendo una responsabilidad considerable. En la Revolución funcionaba la guillotina indiferentemente para hombres y mujeres.

Aparte de las mujeres resplandecientes de la libertad, podemos citar una legión de ellas con influencia decisiva en la historia de Francia, tales como las favoritas reales: la Pampadour, la Dubarry; y las intelectuales, como Madame de Sevigné, la Recamier, etcétera. En el prólogo de la guerra europea, aparece Madame Caillaux matando a un periodista en defensa de la vida pública de su marido.

En la actualidad algunas artistas de renombre tienen tal influencia en la vida francesa, que podríamos compararlas, guardando todas las proporciones, con las antiguas favoritas de los monarcas.

Basta vivir algún tiempo en París para sorprender aspectos de la vida social, donde la mujer impera como no ocurre en parte alguna de la tierra. La mujer francesa no tiene edad; su actividad es eterna. Por ahí vemos a algunas, maquilladas y compuestas, haciendo vida de salones hasta los ochenta años. Aún las mujeres extranjeras, como María Antonieta, la condesa de Castiglione y Eugenia de Montijo, contagiadas por el ambiente, desarrollan actividades políticas de grande envergadura.

A cada instante encontramos por las calles, salones o teatros de esta ciudad, mujeres con una expresión que no estamos acostumbrados a ver en otras partes, con un sello indefinible de dominación, de seguridad en sí mismas.

Además de sus iniciativas de grande en-

vergadura en política y sociedad, la mujer francesa define sus preferencias de manera fulgurante, suavizando los trabajos de Cupido. No está demás recordar a aquel profesor chileno amigo, que, a los cuarenta años, vino a escuchar en París esta frase:

—¡Qué hermosa cabeza tiene ese hombre!

Se lo dijeron dos chiquillas en un teatro. En cuarenta años de vida chilena, no se había dado cuenta de que tenía una hermosa cabeza.

A todas las regiones del mundo los hombres llevan la fama de París en esos recuerdos embriagadores. Como el profesor chileno, el gran artista japonés Foujita recuerda que, recién llegado a esta ciudad, una mujer le dijo en la calle:

—*Comme il est mignon!*

Corrió entonces a su hotel, repitiéndose la palabra *mignon*, y se lanzó al diccionario para ver su significado. Nunca, ni las sonrisas melosas de las musmés de ojos oblicuos, le produjeran tanta impresión.

En España, la mujer, un poco obesa, de miembros cortos y torneados, se exhibe generalmente en un carácter familiar, patriarcal. Es la mujer para estar sentada. Aún en los teatros las vemos con sus críos. En un café, en un paseo, la española no desdeña realizar el acto de comunicar su exuberante vitalidad, entregando el pecho al fruto de su vientre.

De las dos maneras que esbozo, yo no sabría cuál es la mejor, porque la una da a la vida en general una dulzura insólita que, en Francia, trascendió en la *politesse;* la otra manera arraiga las virtudes inmanentes del hogar en su concepto más noble; la maternidad conserva su sentido de ánfora.

En Francia los sexos viven en agradable fraternidad de todos los instantes. En España existe separación sexual, porque la mujer se parapeta en sus atribuciones, se mantiene mujer hasta la exaltación. Por eso también el hombre es más apasionado y taciturno. Sus deseos se concentran, se acumulan y exacerban.

De esta manera, el intelectual no representa para la mujer el prototipo masculino, constante, decidido, atropellador. El intelectual, contemplativo, tiende a vivir al margen de la vida sexual. Me hacían notar en España cómo la mayoría de los escritores son solitarios, o fracasados, o casan con extranjeras. El pobre Andrés González Blanco, contando sus reveses amorosos, recordaba que Menéndez Pelayo fracasó en el amor; el gran Canaleja casó con su lavandera; y Cambó, en todo su auge de político y publicista, buscaba aventuras por el Paralelo...

Como un documento exacto vamos a exhibir aquí una lista de escritores españoles modernos, casados con extranjeras: Araquistain, con alemana; Pedroso, id.; del Vayo, con suiza; Juan Ramón Jiménez, con norteamericana; Ramón Pérez de Ayala, id.; Manuel Abril, con alemana; Jiménez Caballero, con italiana; Ramiro Maeztu, con inglesa; Vásquez Díaz, con dinamarquesa; Maroto, con mexicana; Noel, con cubana; Blasco Ibáñez, casado en segundas con chilena; Guillermo de Torre contraerá matrimonio en breve con argentina. Esto aparte de los escritores fracasados sexualmente, como Pío Baroja, Jacinto Benavente, Antonio de Hoyos, etc.

Yo me atrevo a decir estas y otras cosas de España porque tengo años de experiencia española, y más que eso: tengo una parte del corazón plantado como un pino chileno en el paisaje goyesco de Madrid. Me place recordar aquí la frase que escribió Dumas cuando le llamaron calumniador de España: «Los españoles creen reconocer en mí, y cuando digo en mí digo en mis obras, un no sé qué de castellano que les acaricia agradablemente el corazón».

En Francia, la mujer decidida sabe iniciar el amor; prepara el camino, y de esta manera la vida es más simple y amable para quienes no tienen tiempo que perder en demoliciones de resistencias que a veces duran muchos años. Es triste que los conquistadores de oficio, mentalidades primitivas, se lleven las mejores rosas del jardín.

Francia es el país de la mujer superior, es decir fácil, por cuanto la superioridad implica protección y tolerancia. Eso es la francesa, protectora del hombre.

Francia da la moda femenina, como Inglaterra da la masculina. Los científicos alemanes llamaban a Francia, con tono algo despectivo: *Damen Nation*. Sin embargo, los seres sensibles nos sentimos impelidos a París, con la torre Ediffel, que es su nariz respingada, y la Cúpula del Sacré Coeur, corona de Emperatriz de la tierra.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

París, mayo de 1926.

La luciérnaga, el grillo y la rosa

En esta noche de San Juan, clara y seca, olorosa a tomillo y yerbabuena, la luciérnaga va rayando el espacio con fúlgidos chispazos, cual una intermitente estrella que tuviese alas. A lo largo de su peregrinación resplandeciente vuela con orgullo y deja a trechos un temblor luminoso que hace pensar en que este relámpago fuera como el corazón palpitante de la noche.

Viene del bosque cercano, ha pasado sobre las más altas casas de la ciudad y ahora se detiene en un fresco jardín humedecido por el relente nocturno. Una leve brisa perfumada que sale de los rosales y la quietud de la hora, han hecho que la vagabunda noctámbula descanse sobre una rosa recién abierta. A corta distancia un lírico grillo enamorado de la rosa preludia la única serenata de su violín.

—Amigos, insinúa la luciérnaga, la tibieza de esta noche consagrada a San Juan, el Bautista decapitado, nos invita a platicar acerca de muchas cosas interesantes y del papel que desempeñamos en esta vida.

—Yo, dice la rosa, fuí humilde en mis comienzos, pues apenas contaba con cinco hojas y hoy soy la rosa centifolia, la flor perfecta por su euritmia, la flor entre las flores, como lo es María la mujer entre las mujeres. Mi historia se remonta hasta Venus. Cuando emergí de sus pies, en las playas de Citerea, era blanca como el albor de la espuma marina. En Roma, bajo el imperio de los Césares, mi triunfo fué absoluto. Más tarde, penetré en el mundo cristiano, y en el día de la Ascensión mis pétalos son deshojados desde lo alto de las rotondas por las propias manos de los sucesores de Pedro para simbolizar los dones del Espíritu Santo. Mi nombre es ya un emblema y para determinar la pureza de la Virgen la Iglesia la llama Rosa Mística. Aún ya cortada sobre el jarron elegante, muriéndome pétalo a pétalo, sigo dando mi aroma embriagador. Cuando el mal soldado hirió a Cristo en el pecho, yo usaba todavía mi traje del blanco del lirio, y al prendérmele sobre el costado izquierdo, su divina sangre me tornó roja, en compensación de mi lealtad. Yo soy una flor de encanto, alba en el amanecer de mi vida, purpúrea en mi plenitud.

—Yo, susurra la luciérnaga, soy como una esmeralda luminosa que tuviese alas. En las noches oscuras mi zig-zag fúlgido descubre vuestras confidencias con el amigo grillo. Yo soy un faro errante en las tinieblas, una gota de luz intermitente, una piedra radiante que fulge en el traje negro de la noche.

—Yo, balbuce humildemente el grillo, no tengo sino mi pobre música con que doy mis serenatas. Aguardo con paciencia todo el santo día para lanzar en la noche mi monorritmo sencillo, y ando siempre a salto de mata perseguido con saña no imaginable por el sapo, que para matarme se agazapa entre la hierba y finge ser una piedra.

Un poeta que a corta distancia ha oído con interés este coloquio, les dice sentenciosamente:

—Vosotros lo sóis todo en el mundo. Sóis el triángulo simbólico de la humanidad. Sin vosotros la vida sería vulgar: Sóis el ritmo, la luz, el perfume.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Día de San Juan.

Página lírica
de José Gorostiza

=Del tomo *Canciones para Cantar en las Barcas.* - Editorial CULTURA.-México, 1925.
¡Hemos leído con tanto gusto este librito! Al Autor, gracias, mil gracias por el envío.=

Canciones para Cantar en las Barcas

A *Carlos Pellicer*

1. ¿Quién me compra una naranja?

¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?
Una naranja madura
en forma de corazón.

La sal del mar en los labios
¡ay de mí!
la sal del mar en las venas
y en los labios recogí.

Nadie me diera los suyos
para besar.
La blanda espiga de un beso
yo no la puedo segar.

Nadie pidiera mi sangre
para beber.
Yo mismo no sé si corre
o si deja de correr.

Como se pierden las barcas
¡ay de mí!
como se pierden las nubes
y las barcas, me perdí.

Y pues nadie me lo pide,
ya no tengo corazón.
¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?

2. La orilla del mar

No es agua ni arena
la orilla del mar.

El agua sonora
de espuma sencilla,
el agua no puede
formarse la orilla.

Y porque descanse
en muelle lugar,
no es agua ni arena
la orilla del mar.

Las cosas discretas
amables, sencillas;
las cosas se juntan
como las orillas.

Lo mismo los labios,
si quieren besar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

Yo sólo me miro
por cosa de muerto;
solo, desolado,
como en un desierto.

A mí venga el lloro,
pues debo penar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

3. Se alegra el mar

Iremos a buscar
hojas de plátano al platanar.

Se alegra el mar

Iremos a buscarlas en el camino,
padre de las madejas de lino.

Se alegra el mar

Porque la luna (cumple quince años a pena)
se pone blanca, azul, roja, morena.

Se alegra el mar

Porque la luna aprende consejo del mar,
en perfume de nardo se quiere mudar.

Se alegra el mar

Siete varas de nardo desprenderé
para mi novia de lindo pie.

Se alegra el mar

Siete varas de nardo; sólo un aroma,
una sola blancura de pluma de paloma.

Se alegra el mar

Vida—le digo—blancas las desprendí, yo
bien lo sé,
para mi novia de lindo pie.

Se alegra el mar

Vida—le digo—blancas las desprendí.
¡No se vuelvan oscuras por ser de mí!

Se alegra el mar

Una pobre conciencia

A *Bernardo Ortiz Montellano*

Un anciano consume su tabaco
en la vieja cachimba de nogal.
La tarde es solamente un cielo opaco
y el recuerdo amarillo de un rosal.

El anciano dormita...
Es tan triste la tarde para ver
un reloj descompuesto, y la infinita
crueldad de un calendario con la fecha de
ayer.

Y silencio, un silencio propicio
para rememorar
cómo canta una boca la lectura
de la antigua conseja familiar.

En el fino paisaje se depura
una tristeza del atardecer,
y el reloj descompuesto parece una dolida
conciencia de caoba en la pared.

Una pobre conciencia, cuya charla
con la vieja cachimba de nogal
es el agrio murmullo de un postigo
y el recuerdo amarillo del rosal.

La casa del silencio

La casa del silencio
se yergue en un rincón de la montaña,
con el capuz de tejas carcomido.
Y parece tan dócil,
que apenas se conmueve con el ruido
de algún árbol cercano, donde sueña
el amoroso cónclave de un nido.

Tal vez nadie la habita
ni la quiere,
y acaso nunca la vivieron hombres;
pero su lento corazón palpita
con profundo latir de resignado,
cuando el rumor la hiere
y la sangra del trémulo costado.

Imagino, en la casa del silencio,
un patio luminoso, decorado
por la hierba que roe las canales
y un muro despintado
al caer de las lluvias torrenciales.

Y en las noches azules
la pienso conturbada si adivina
un balbucir de luz en sus escaños,
y la oigo verter con un ruido
ya casi imperceptible, contenido,
su lloro paternal de tres mil años.

Pescador de luna

Cuando se mira los faroles rojos
en la orilla del mar,
mi pescador, el de profundos ojos,
pone sus negras redes a pescar.

(El mar ante la noche se ilumina,
y sus olas doradas, al nacer,
florecen como un ansia repentina
en ojos de mujer).

Pez de luna bruñida no se pesca,
pescador.
Agua del golfo, la ondulada y fresca,
deja que riegue la orilla con amor.

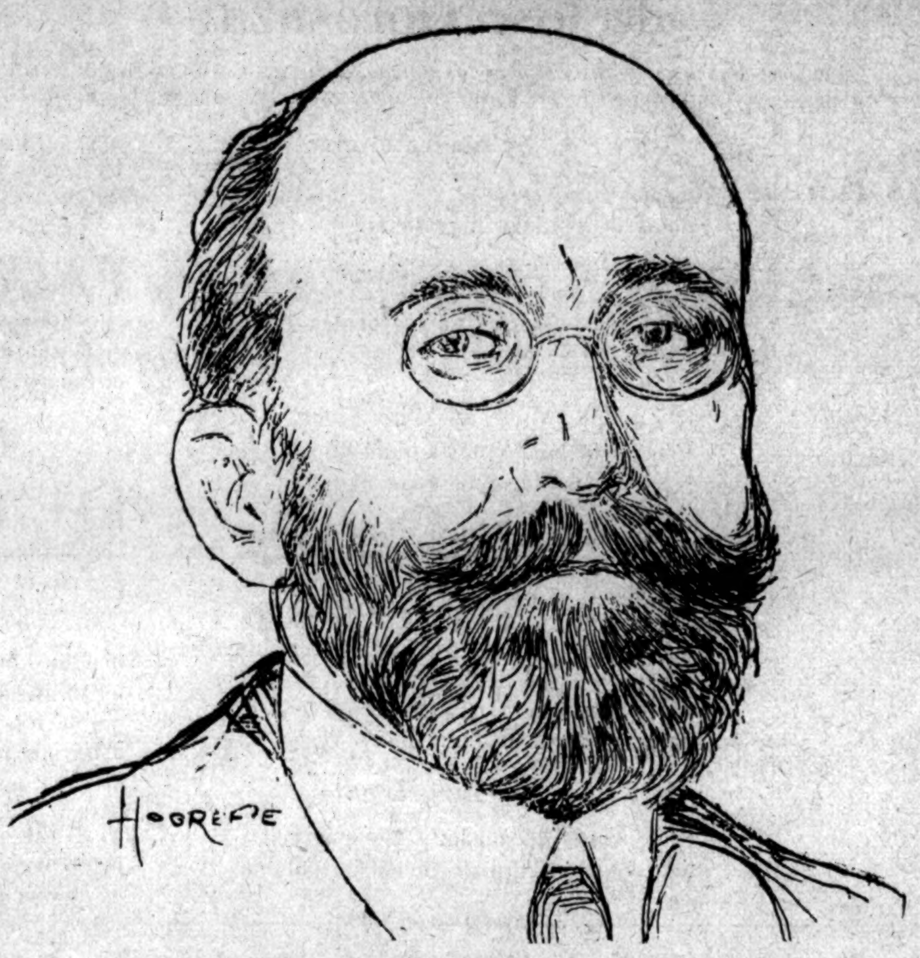
No persigas la forma del lucero,
que ni el agua dormida la dará;
si él, como un sonámbulo viajero,
sólo viene y se va.

Que, pobres, las corrientes y la charca
encierran ilusión,
y ajenos al peligro de tu barca
vienen sueños de luz al corazón.

Con los ojos, ya tímidos, escarbas
en los mares rebeldes a cincel,
y puede correr llanto por tus barbas
de serpientes de miel.

El agua misma, la ondulada y fresca,
ponga un poco de sol en tu doior,
¡Pez de luna bruñida no se pesca,
pescador!

Visitas literarias



Don Ramón Menéndez Pidal

1

El tranvía, destacándose de la Castellana, enfila un rumbo sin fin. Primero lentamente, como aun dejándonos decir adiós a lo conocido, a la urbe congregada en sus últimas casas, esas que forman la ancha ensenada del gran puerto del Hipódromo. Luego, a toda máquina, emproando la llanura que comienza a meterle bajo la quilla el sube y baja de sus olas de luz y de viento claro, en un cabeceo tan rítmico que al poco ya se le acostumbra todo el pasaje.

Como con una función de bisectriz boga el tranvía, separándose más cada vez del ciudadano, vértice inicial, despatarrando el ángulo del trayecto hacia lontananzas de horizonte puro, de planicie ilimitada.

Sin embargo, aún notamos la ciudad y el ambiente consuetudinario. A la derecha se percibe, en un correcto jirón ladrilloso, la punta avanzada de la Guindalera. Necesitamos hendir alguna distancia más para traspasar al alto mar. Al rato, una pareja de la Guardia civil, sentada ante un chamizo, inmóvil, cual un dios Término (bifronte), el fusil entre las piernas; como boya de límite, como último faro norteador, nos indica que la barra queda franqueada, y que desde ese momento ya nuestra atención puede anonadarse, relajarse y hasta anularse. La monotonía comienza de la gran travesía.

El motor tremula y tremula. El altibajear se hace isócrono, exacto. La luz de la infinita esfera que rasgamos nos transe. Una modorra suave nos tañe, nos distrae los nervios capciosamente.

En repetidos parpadeos apenas si podemos percibir algo de lo que huye por nuestra derecha, que es la mano de mi plaza. Unos mástiles tembloteantes de oro ribeteando un canalejo. Una caverna, quizá la de Simbad, donde pálidamente herrumbrea un Potosí de latas de conserva destripadas. La corcoveta de un trapero que pincha en un bazar X de inmundicias. El encuchillamiento de escriba egipcio que ha adoptado uno tras una tapia.

Al Caronte del billetaje le habíamos rogado en el punto de la partida, que nos desplazara al arribar a cierto fondeadero sin más nombre conocido que el de su propietario. Este Caronte acaba de hacer crujir la palada de su remo en la atmósfera. Aún entontecidos de la jornada, nos encontramos de súbito firmes, de pie sobre la pura corteza del globo, contemplando al áureo asteroide del tranvía hundir los aires otra vez y perderse en el infinito—errabundo, amezquinado—, ante la grandeza del universo crudo y virgen que se lo traga.

Hacemos un nuevo restregón de ojos, ansiando encuadrarnos bien en el escenario surgido. ¡Qué silencio! El motor, al transgredir, nos preparó este silencio de perfecto caos. ¡Y qué soledad, qué soledad! ¿Es uno el Pastor Fidas en una Arcadia recién editada? ¿Va uno a digitear en la cítara? Tlin, tlin... dolon, tlin ¡tlan! Estos sones no son nuestros, sin embargo.

Rodeados, de pronto, mansamente, de ovejas, de un hato vagabundo y solitario, comenzamos a caminar por el barbecho y el rastrojo, como por el mundo de los sueños de Sannazaro. Allá, el azul de la sierra. El sol, en lo allo de la montaña diáfana. La sandalia la sentimos en el pie. La zamarra en el torso. Y los zaticos en el zurrón. El lirismo se nos escapa, se nos escapa en ilusorio pífano. Y abocinamos los labios, e hinchamos los carrillos para soplar. Vamos al Olimpo. Vamos al campo de los asfodelos, a la edad de oro. Al menos a un rincón desnudo y divino de Tierra Santa. ¿Es esto Grecia, es esto Palestina? He aquí el olivo. Y he aquí la vid. Y he aquí, tras ese muro de cal y canto, inmóvil, en postura milenaria y parabólica, una barba negra, recia, bíblica, profética. Que reconocemos inmediatamente por la de D. Ramón Menéndez Pidal.

* *

Menéndez Pidal se nos avanza con ese desgualdramillamiento de las almas recatadas, con ese pasa, un poco ilógico e indeciso, de los concentrados, de los que tienen que despertar ciertas horas al día para relacionarse con obligaciones inexorables, como es ésta de saludar amablemente a un poco aventajado discípulo, como es uno, en un minuto cualquiera de la mañana, cuando la maquinaria espiritual estaba todavía condicionada para la investigación y no para la fruslería social. Pero dentro de esa vaga torpeza de tímido, don Ramón tiene una gracia como céltica. Menudo, sonriente, ágil, sus movimientos al estrechar la mano adoptan como un alegre eco lejano, un conato pánico, un vestigio de baile en romería,

—Mientras los admiradores y secuaces le preparan a usted una apoteosis, usted se la procura de mejor modo, don Ramón, afincándose en esta gloria del sol, en este triunfo del sol que es este huerto y esta casa.

—Nos estamos mudando todavía. Todo está en desorden, inacabado. Pero sí, esto es muy hermoso.

—Se ve que el ensayo de San Rafael ha traído conclusiones a rajatabla. Sierra, sol, silencio y paz.

Don Ramón, las manos en los bolsillos de su ropa negra, se ríe, con una risa veteada de sencillez y de sobresaltos alertas, mirándolo a uno delicadamente de frente, sin ofenderle, a pesar de la seguridad, de la tenacidad, de la regularidad, de la leve reticencia burlona con que mira. Sus pupilas oscuras a través de los lentes de oro resultan como dos ranuras de ballesteros, como dos saeteras apenas rajadas, por las que es imposible colar el menor dominio, y sí, en cambio, recibir un flechamiento de no te muevas. Son pupilas que pinchan como alfileres de disector, que lo papeletean a uno, que lo examinan sin las tres bolas, que se les siente calificar en silencio y con toda la delicadeza de no publicar nunca la nota concedida.

—Bueno, don Ramón. Usted habrá perfilado y rematado los apuntes medievalistas de don Marcelino, su maestro. Usted habrá proseguido, supremamente, la tarea lírica provenzalizante y popularista de Milá, su otro maestro. Pero en lo que usted los ha superado en absoluto es en entender el Renacimiento.

—¿A ver? ¿Qué quiere usted decir?

—Que el *Horario en España*, en vez de amplificarlo eruditamente, lo ha personificado usted.

Don Ramón torna a sonreirse, un poco deliciosamente confuso.

—Lástima que estos olivos no estén plantados por su mano. Pero a la sombra de

uno ya se tenderá con algún librito por la primavera.

> El ruiseñor le cantará a la diestra,
> y vendrá sin el cuervo la paloma,
> poniendo en su venida alegre muestra.
> Terná un libro apacible entre las manos,
> que no se cansará de andar contando
> los hechos celestiales y mundanos.

Perdone, don Ramón, que modifique a Boscan para aplicárselo. También se me ocurre citar a Santillana,

> ¡Benditos aquellos que cuando las flores
> se muestran al mundo, desciben las aves
> e fuyen las pompas, e vanos loores,
> e ledos escuchan sus cantos süaves!

Y a un horaciano de Asturias, quizá vago pariente de usted:

> Dichosu el que sin tratos nin contratos
> como antaño viviin...,
> nin lu altera el clarín como al soldau,
> nin cruxía ida el mar que sufa y fierve.

Nuevamente excusas, don Ramón, por estas citas. No, no las extrañe. Yo tenía barruntos de su morada y me había preparado. Además..., esa hònrilla negra que ha querido poner uno ante quien un día lo tuvo en tribunal, incitando a descifrar el guarismo de una lección mal prendidita a la memoria. Don Ramón vuelve a sonreirse de buena gana.

Yo insisto en mis fisgueos del ambiente. ¡Qué hermoso, qué hermoso es esto!

—Sí, estoy contento. Soy un hombre que no va al teatro, que no sale, que no hace vida de noche. Vivir algo lejos, con alguna modestia, es algo que no me preocupa, que me satisface. Soy un entusiasta del aire alto, soleado. Toda mi familia. Mi hija Jimena muchas veces en pleno agosto se pone cabeza al sol. Yo la regaño, medio en broma, pues ya es excesivo, diciéndole que las razas inteligentes no toman tanto sol, que son aficiones negras.

—Jimena le contestará a usted que es al contrario, que las razas inteligentes, las de luz velada, son las más puras amantes de la luminosidad.

—¿Quiere usted que pasemos a mi estudio, porque aquí está todavía esto muy inculto, muy desordenado?

—Con gran gusto, D. Ramón. Ordenémonos. Pero antes déjeme aún saludar sus viñas y sus olivos... Un poco de trigo, y ya tendría usted una base elemental, castiza, eterna, con que dar fuerzas a toda su gran obra emprendida. Pan, vino y aceite. La sal la sabría usted poner luego, como siempre. ¡Qué bien trabajará aquí su Filología! ¡Qué bien seguirá los trazados surcos!

—Crea que sí. Mi misión, la tarea que me he impuesto en la vida es la de aquel de la Biblia: la mano en la mancera del arado, derecho, sin tornar la vista.

* *

Un hombre rodeado de olivos, de sol, de sierra azul y de aguilillas cernidas, que avanza por la vida con pretensiones ejemplares, en pos de una imagen bíblica, subiendo los peldaños de un hogar donde crepitará el fuego, se alineará el libro, y la mujer y los hijos aguardarán solícitos la llegada, me pareció algo absolutamente respetable, que me hubiera hecho destocar el sombrero si ya no lo llevara en mano.

Antes de cerrar la puerta tras mí aún eché otra ojeada al huertecito. Sobre un olivo frontero, de sienes plateadas, Minerva en la copa, vaporosa, me guiñaba un ojo, que apresuraba apuntando con un dedo fino, divino, áureo, la figura menuda, embarbada, simple y solemne de D. Ramón. El cual seguía reiterándome su invitación, amablemente, de que ingresase en su estudio.

2

El estudio de D. Ramón Menéndez Pidal está estructurado por un largo cuadrángulo, bipartito en dos porciones sucedáneas y desiguales. La una, más espaciosa, para la recepción de gentes y de libros. La otra, más recóndita y menuda, para el alontanamiento de toda gente y de todo libro prescindible.

En la primera, que es la aparente llegando de fuera—subidos los peldaños que se inician desde el huerto—, fué en la que entramos, siguiendo la decidida y ágil guía del gran estudioso.

Nos sentamos cara a cara, intercalando una mesa entre nuestras fronteras posiciones, en medio de la estancia, como si fuésemos a solicitar un menú de cualquier Ganimedes latente. Situación embarazosa, carraspeante, yo decidí suavizarla girando el cuello, como un reflector, hacia todos los puntos de la estancia, con cierta premura, para que mi intervisor ilustre auxiliase mi deseo de intimar pronto con este escenario de una conversación ya inminente, recogiéndome algunas miradas y comentando los objetos sobre que se posaban.

Pero me dejó desplegar la curiosidad sin comentario, delicadamente respetuoso. En aquella ojeada de abanico, entre la masa de sustancias diferentes que tropecé—colores, volúmnes, chorros de sol—, me demoré perfilándolos, sobre una escultura, sobre unos retratos y sobre un molduraje. El molduraje, recién patinado, corriendo toda la pista del techo, me había atraído por su talla partenónica. clara y precisa, moldeada como para que el sol en ella se estancara, llenando de lucidez áurea cada cuadretín de escayola.

Los retratos eran todos de varones conocidos en la vieja literatura española. Sus vidas resultaban paralelas a la frisa partenónica. Girando toda la habitación, impresionaban como un cortejo de concilio medieval, como una procesión en rito por un coro, como una carrera de celebridades por el estádium de un magnate.

La escultura, al revés de los retratos insignes, no postulaba paralela a nada. Parecía absoluta. Y lo era. Una testa plateada afirmando una belleza. La hija del sabio. (Julio Antonio, el afirmante).

Contemplando tal testa ejemplarizada por un gran artista, por un gran artista que logró verificar un deseo indudable del padre en la hija—serenidad, gracia austera, fuerza, mesura y gris plata de meseta recubriendo los perfiles—. Sabiendo que esa estatua se llamaba *Jimena;* recordando una modesta fotografía en la gran edición del *Poema,* en que sobre una montaraz caballería cabalga una dama, fielmente, acompañando a su camarada el sabio, *arbuxuelo arriba* por la ruta célebre, ya no pude por menos de volverme hacia el deferente estudioso, que me enfrintaba con unas ganas grandes como de chocarle reciamente la mano. Veía uno en aquel sencillo rostro enjuto, calmo, serenísimo, todo el fervor de un programista ideal, de un soñador romanticón y ardiente, todo un lirismo en gruesa crecida inundante, a duras penas contenida por la muralla china de la papeleta, por el rigor de la disciplina, férrea en el producir, que, sólo un día se extravasa, suprema flaqueza en el disparo de un *Kodak* y en el bautizo de una criatura, en esas dos albercas donde al fin logra remansarse, desfogarse, chorrear.

—Ron Ramón—exclamó uno al fin, procurando dar a la entonación un aire regular, amocionado, de no quererse descubrir—me gustaría saber cómo elabora usted sus panales.

—Pues pase por aquí a este cuartito de trabajo. Está un poco revuelto.

Diciendo así, me introdujo en la porción menuda y recóndita del estudio.

Apenas me acerqué a la mesa laborante, al secretero de la sabiduría, comprendí qué clase de revolución señalaba Menéndez Pidal. Lo de libros y papeles.

Sonriendo traté de anularle la excusa.

—Sí sé que este aparente desorden es un orden cuya clave sólo la tiene el que lo maneja. Conozco este revoltijo sistemático de cartapacios y volúmenes. Es el mismo que domina su otra mesa, la del Centro Histórico. Como un organista que para sacar limpia una pieza tiene que maniobrar gran copia de registros, así usted, para rematar un artículo, una reseña, un capítulo, necesita de este entrepisado voluminoso.

Viendo aquella maquinaria, aquel repertorio de teclas y el número de organismos auxiliares—ficheros, más ficheros, portalibros giratorios, registradores, carpetas—se presumía, con facilidad, la producción de la obra pidaliana. Una impresión de taller en marcha se notaba. De escenario bajado el telón, lleno de bastidores y de bambalinas. Con cierto espanto se deducía la cantidad de constantes, agobiantes esfuercitos, de ensamblajes menudos y repetidos, de búsquedas, de aditamentos, que todo aquel utillaje necesitaba para echar fuera un pedido finito, pulcro y sólido.

—Aquí, y la mayor parte en otro fichero que corresponde a otra habitación, tengo el material del *Romancero general,* que desde años preparo... Preparamos. María es una gran especialista. Creo que nos quedará vida para verlo bien terminado.

Esta parrafada, dicha sencillamente mientras me mostraba una variante del romance *Al alirón,* me hizo bruscamente alzar los ojos hacia quien la había proclamado. Meter el cómputo de la vida en una empresa de colección era algo que revelaba de súbito

una personalidad cortada íntegramente, un alma que, como la de la Biblia, se había trazado el surco y no se desapartaba ya, un heroísmo alegre—el de la limitación—, que cantaba su cantar mirando sólo a la meta.

Con una parrafada así se explicaba todo Menéndez Pidal. En efecto: confrontándolo con sus dos grandes predecesores, Milá y Menéndez Pelayo, ¿qué signo nuevo era Pidal?

Milá y D. Marcelino fueron todo, excepto limitados, limitados voluntariamente. Lo mismo saltaban de la literatura griega a la alemana que de la inglesa a la eslava, sin reparar tampoco en siglo de más ni en siglo de menos.

Si se echaba un sintético vistazo sobre la producción pidaliana, lo primero en que caía la atención encerrada era en el círculo casi hermético de la castellana Edad Media, cuyos diámetros, partiendo del XII y arribando al XV, permitían en sus puntos de intersección, y sólo en ellos, las tangentes de longitudes variables.

Que yo recordara, aparte de la monografía sobre *Un aspecto en la elaboración del Quijote*, del estudio en torno al *Condenado por desconfiado* y algunas pocas reseñas de libros pertinentes al XVI y al XVII, no había ensayo sobre ciclos contemporáneos sino una nota reseñando *La satire de Jovellanos*, de Morel-Fatio, y otras dos acerca del conde de las Navas y de Menéndez y Pelayo.

Toda la restante obra gravitaba hacia el círculo medievalista. Dentro del cual había que distinguir dos segmentos complementarios, una doble dirección. La literaria y la lingüista. La literaria, con un carácter estricto y neto. La filológica, con otro más complejo y vasto.

Sus tratados de literatura medieval se ceñían casi de un modo exclusivo a Castilla. Ya épicamente con los *Infantes de Lara*, la *Leyenda del Abad don Juan de Monte-Mayor, Las crónicas generales*, el *Poema del Cid*, el de *Yusuf*, el de *Roncesvalles*, la *Epopeya castellana*, la *Leyenda de Rodrigo;* ya líricamente, con *Elena* y *María*, la *Lírica primitiva*, y la *Poesía juglaresca*.

En cambio sus ensayos de lingüística irradiaban divergentes y extremosos, para converger luego en un plan de pauta supernacional. Tocando no ya al castellano, con el clásico, insuperable *Manual de gramática histórica*, sino al leonés, al aragonés, al catalán, al vasco, al portugués y al español de América, con monografías básicas.

—Lo que tengo ya muy avanzado son los *Orígenes de la lengua española*. Un libro que hacía mucha falta, que es consecuencia de artículos hipertrofiados. De esos artículos que a la larga me desembocan en volúmenes nutridos, como ha pasado con el de los *Juglares*, el de *Rodrigo*. María me sugiere mucho trabajo. Es la que levanta la caza. Yo le doy un tomo y le digo: ¡A ver qué cae!

Por dos veces había citado, fraterna, amigablemente, este nombre femenino. ¿Estaba uno ante el caso de un gremio medieval de trabajadores, uno de aquellos nucleolos familiares de producción limitada y exquisita? En una España, aun tan atroz, tan atroz, sentir un nombre castizo de mujer asociado a una empresa intelectual de alto porte, era una sorpresa luminosa, indesaperceptible, que me hizo subrayar a don Ramón la anormalidad simpática del caso.

—Sí. Como me decía el viejo Catalina, yo leo con dos pares de ojos. Pase usted ahora por acá. Le enseñaré el mueble de los romances.

Don Ramón me llevó por un corredor a una estancia nueva, mitad dormitorio, mitad biblioteca, como destinada a descansar un rato y seguir devorando noticias.

Fué tirando de los cajoncillos numerosos del gran armarito epónimo, de aquel sapiente armatoste que algún día cercano debería exprimir todo su jugo en el breve receptáculo de un pulcro volumen.

Ante él, como ante un facistol, por tercera vez recitó el nombre de María. (En todo el rígido desfile, pretencioso, ferozmente objetivo del *Homenaje*, ¿nadie tendrá un sesgo reverente hacia ese delicado nombre?)

—Bueno, don Ramón, gracias, muchas gracias por este repaso de su laboratorio íntimo. ¿Tornamos, otro poco, junto a la vid y el olivo, antes de abandonarle la mansión?

Bajamos de nuevo al huerto. Arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda, lo atravesamos reiteradamente, ungidos de sol rico, omnipresente, exuberante.

—Faltan dos minutos para su tranvía. Vamos hasta el borde por donde debe usted tomarlo. Sin nada en la cabeza, a cuerpo gentil, don Ramón arrostró el cambronal, el hato lanudo y el rastrojo por acompañarme.

El asteroide errabundo no tardó en resurgir. Barquineando, rítmico, como retrovado en el undoso mar del llano, de la soledad meseteña. Ya en la plataforma estreché la mano egregia, todavía. ¡Adiós, don Ramón! ¡Gracias, don Ramón!

Con su paso ágil e indeciso, de alma concentrada y tenaz, allá se fué tornando. Lo perseguí visualmente cuanto pudo ser. La barba profética encuadrada por el aire elíseo. Siguiendo el rasgado surco. Como la mano en la mancera. Y alta la vista. Norteada, sublimada, hacia el horizonte azul de la serranía. Azul limitante con el del firmamento puro de España.

E. GIMÉNEZ CABALLERO

(*El Sol*, Madrid).

Señales de los nuevos rumbos

El sumo escritor italiano Giuseppe Prezzolini solicita el envío regular del *Rep. Am.*

UFFICIO PREZZOLINI

Telefono: 65-15.-89, VIA NAZIONALE
Telegr.-Forpress
ROMA (3)

Roma 17 maggio 1926

Pregiatissimo signore,

il mio amico García Calderón sa quanto io desidero che fra Italia e America latina corrano rapporti di maggiore intelligenza e conoscenza. Egli mi ha spesso udito lamentare che nel nostro paese non si sappia gran cosa dello sviluppo intellettuale e politico dei vostri paesi. E, pensando ai rimedi, mi ha detto che chiedendo alle migliori riviste dell'America latina l'invio dei loro fascicoli, si sarebbe potuto stabilire una corrente di informazioni e di conoscenze non inutile. Il mio ufficio di Roma è disposto ad aiutarmi in questo sforzo, e perciò la prego di volermi mandare la sua rivista, che sappiamo fra le più importanti del continente americano. Le assicuro che ogni volta che sarà possibile ricordarla nelle nostre corrispondenze ai giornali italiani, lo faremo.

La prego di gradire i miei ringraziamenti anticipati e di credere alla mia riconoscenza.

Di lei dev.mo

G. Prezzolini

sign. J. García-Monge
Apartado Letra X.
San José (Costa Rica, C. A.)

EN EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Un homenaje a don Ramón Menéndez Pidal

En el Centro de Estudios Históricos se verificó el 7 de marzo pasado a mediodía el acto de entregar al director de dicho Instituto de investigación y de la Real Academia Española, don Ramón Menéndez Pidal, el primer ejemplar de la obra *Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos,* compuesta en su honor y para celebrar el XXV aniversario del profesorado universitario del sabio español.

Un representante de la Casa Hernando hizo entrega del ejemplar al señor Menéndez Pidal.

Explicación del homenaje

Un grupo de discípulos y amigos de Ramón Menéndez Pidal, españoles y extranjeros, ha querido ofrendar este homenaje al maestro de la Filología española, con motivo de cumplirse los veinticinco años de su actividad docente en la Universidad de Madrid. Numerosos filólogos y lingüistas acudieron con presurosa solicitud a la invitación de la Comisión organizadora y se adhirieron con valiosos trabajos a la idea de formar este conjunto de monografías.

Todas las preocupaciones de la Filología y de la Crítica literaria en el dominio romántico hacen en este libro oír su voz, y muchas de ellas encuentran solución satisfactoria. Estudios de erudición histórica, como el del duque de Alba sobre la resistencia del prior de Crato contra Felipe II. Temas de Arte y Arqueología tratados con la competencia propia de los señores Tormo, Mélida y Sánchez Cantón. Estudios de Filología hispano-arábiga, entre los que destaca con extraordinario esplendor el del insigne sabio finlandés O. J. Tallgren sobre los nombres árabes de las estrellas y su trascripción alfonsina, monogrofía magistral, en la que, a través de una técnica impecable y complicadísima, se llega a hacer luz sobre cuestiones lingüísticas, sobre la lectura de textos hasta ahora indescifrados y sobre las condiciones del caudal cultural que de la España árabe se trasfundía en la cristiana. Estudios tan básicos para el conocimiento del elemento germinal de nuestra nacionalidad, como el de D. Manuel Gómez-Moreno *Sobre los iberos y su lengua,* luminoso artículo que han de leer con ojos sorprendidos cuantos tienen atento el espíritu a nuestros problemas raciales.

Y luego monografías sobre todos los idiomas peninsulares, algunas de las cuales serán ya obligado punto de apoyo para ulteriores investigaciones. El vascuence cuenta por primera vez con una fonética descriptiva de la extremada garantía científica a que nos tiene acostumbrados su autor T. Navarro Tomás. M. A. Alarcón aporta un trabajo fundamental sobre fonética árabe, indispensable para el estudio histórico del español. Los tres lingüistas portugueses más prestigiosos, Carolina Michaelis de Vasconcellos, J. J. Nunes y J. Leite de Vasconcellos, aumentan aquí ventajosamente los estudios de Filología portuguesa. A. Griera, el más alto representante de la Filología catalana, estudia un problema del catalán. Y sobre el español hay notas y monografías de M. Unamuno, Azkue y Urquijo; de Karl Pietsch, Leo Spitzer y J. Vallejo; de Bertoni, J. Casares, H. Gavel, Jud y Ruiz Morcuende. La Dialectología hispánica, peninsular y extrapeninsular, queda también notablemente enriquecida; S. Gili Gaya puntualiza la patrimonialidad aragonesa de varios fenómenos fonéticos y morfológicos que hasta ahora se tomaban por catalanismos o provenzalismos; A. Alonso rectifica por el método experimental la filiación de algunos elementos lingüísticos del español de América, retrotrayéndolos a la Península; F. Krüger estudia la mezcla de dialectos en una región occidental, y M. L. Wagner los dialectos judeoespañoles de Karaferia, Kastoria y Brusa. Hay, además, una nota de L. Maldonado sobre el dialecto charruno y una copiosa bibliografía del español de América (1911-1921), debida al sabio profesor norteamericano C. Carroll Marden.

Pero no solamente han acudido a este llamamiento filolólogos especializados en el estudio de las lenguas de nuestra Península, sino que de todo el campo de la Filología románica y de la Lingüística se han apresurado a ofrecer a Menéndez Pidal su homenaje de admiración las más ilustres figuras de Europa y de ambas Américas; W. Meyer-Lübke y A. Meillet, cumbres de la ciencia en Alemania y Francia, respectivamente, aportan dos artículos dignos de tan esclarecidos maestros. El profesor Wechssler, de Berlín, se enfrenta con problemas íntimos de la Filosofía del lenguaje. Los eminentes lingüistas y filólogos franceses E. Bourciez, A. Terracher y G. Millardet, el rumano Puscariu y el suizo L. Gauchat estudian, respectivamente, problemas referentes al gascón, al francés, al siciliano, al rumano y a los dialectos suizorrománicos; W. von Wartburg, J. J. Salverda de Grave, A. Steiger y V. García de Diego, cuestiones que abrazan un grupo de lenguas. P. Barnils y J. D. M. Ford publican artículos de Fonética general.

Por otro lado, del mismo modo que los historiadores se han apresurado a ofrendar su homenaje al autor de los mejores trabajos sobre las Crónicas medievales españolas, y los lingüistas rinden su tributo de admiración al hombre que con sus libros capitales y sus procedimientos austeros, plenos de la más rigurosa técnica y capaces de la más honda penetración, ha fundado la escuela filológica española, así también los nombres más preeminentes y significados de la crítica literaria se suman a esta manifestación general en honor del autor de tantos estudios en esta disciplina que han encendido nuevas luces sobre las épocas principales de la cultura española.

Así se ven reunidos en el *Homenaje* estudios de Literatura y Bibliografía catalanas, debidos a las plumas de M. de Montoliu y H. Serís; de Literatura galaicoportuguesa, de los señores Fidelino de Figueiredo, Cesare de Lollis, López-Aydillo y Julián Ribera; sobre temas literarios, tan sugestivos como los de Saroibandi y Solalinde; sobre Literatura aljamiada, como el de M. Asín Palacios. Y concurren en honor del sabio español varias monografías de gran mérito sobre literaturas extranjeras: así de Vincenzo Crescini, *Per il testo d'unu delle canzoni di Bernart de Ventadorn;* así la de Walter Starkie, *Luigi Pirandello and the contemporary drama in Italy;* así las de J. Anglade, A. Jeanroy, A. Pastor, Paz y Melia, M. Roques, etc. La Literatura comparada cuenta con cuatro artículos de primer orden: uno de A. Morel-Fatio, *L'hispanisme dans Victor Hugo;* otro de J. Sarrailh, *La fortune d'Atala en Espagne;* un tercero de H. Thomas, *Shakespeare y España,* y otro de E. C. Hills sobre la métrica irregular en la épica.

Difícil sería dar cuenta de todos los artículos de valor que versan sobre temas de literatura española: del de C. E. Kany, que presenta la versión poética más antigua hasta ahora conocida de los Proverbios de Salomón; del de Ezio Levi, *Un juglar español en Sicilia;* del de Pío Rajna, *I versi spagnuoli di mano di Pietro Bembo e di Lucrezia Borgia serbati da un codice ambrosiano,* que comprueba el gran prestigio que la cultura española alcanzó en el virreinato de Nápoles; de los de Ad. Coester, Alarcos, Crawford, Artigas, Domínguez Bordona y Pedro Salinas, sobre distintos temas de la lírica española; de los que a nuestra épica dedican F. de Onís, Morales de Setién y E. Staaff; de los que estudian nuestros romances, como los de Espinosa, Henríquez Ureña y Wolfe, Hans Aage Paludan y E. M. Torner. Como siempre, nuestro teatro clásico ha merecido una privilegiada atención de los críticos literarios extranjeros y nacionales: Milton A. Buchanan, Arturo Farinelli, G. T. Northup, Pierre París, Lucien-Paul Thomas han escrito sobre Calderón; J. F. Montesinos, S. G. Morley y H. A. Rennert sobre Lope de Vega; E. Allison Peers, A. Hamel, Castañeda y Bonilla San Martín sobre diferentes temas. Y como cultivadores de la novelística figuran Miss C. B. Bourland, Givanel Mas, González Palencia, W. S. Hendrix, Francisco A. de Icaza, E. W. Olmsted y R. Schevill. Los señores Castro (A.) y Rodríguez Marín tratan temas populares: el primero sobre la *Filosofía vulgar* de Juan de Mal Lara, y el segundo

sobre *El amor primero según la musa popular.*

Sería prolijo agotar la lista de los colaboradores y de sus artículos. Pero se hace imposible no mencionar, entre tantos trabajos técnicos y objetivos, esos emocionados versos que a la mano, ya cansada por tantas obras magistrales, ha dictado el corazón siempre floreciente de Hugo Schuchardt, patriarca venerable de la Filología románica. Esos versos, al encabezar el Homenaje, nos hablan del calor afectivo y cordial que se oculta dentro de estos tres tomos de aparente impasibilidad, con los que ciento treinta y cinco representantes de la Ciencia en veinte naciones distintas testimonian su afecto y su admiración al insigne sabio español D. Ramón Menéndez Pidal, que con su inteligencia, con su trabajo y con su corazón ha contribuido tan eficazmente a poner el nombre de España entre los de los pueblos que forman la vanguardia de la producción científica, ganando para nuestra nación el respeto y la simpatía de las extrañas.

AMADO ALONSO

Palabras de don Américo Castro

Por grato y excepcional motivo infringimos hoy en este Centro nuestros hábitos más arraigados. En los diez y seis años que llevamos de existencia, nunca hubo entre nosotros fiesta ni solemnidad, porque la conciencia de lo que nos resta por cumplir trae a esta Casa afanosa preocupación de trabajo, que predispone a rehuir ocasiones de muestra y exterioridad adjetivas.

Este Centro procuró tomar su rumbo al hilo de vuestra vida ejemplar, orientada hacia el esfuerzo productivo, preocupada de ahondar y alargar el surco lo más posible, sin flaqueza en la mano y la vista puesta en lejanías prometedoras. Nos habéis inculcado desde que éramos bien mozos el culto al esfuerzo, el amor a lo eficaz e inmediato, el despego por el vano y palabrero alarde, por la rebuscada afectación, por la jerarquía basada en fórmulas. Desde el principio nos sentimos asociados a una recia obra de hogar eficiente e íntima. Y he aquí que hoy salimos de nuestro retiro y he de ser yo el que inicie los ademanes ceremoniosos.

No se podrá, sin embargo, tachar de ligereza el que hoy quebremos nuestra habitual reserva para dirigir unas palabras cordiales de serena alegría y buen augurio. Gracias a usted comenzó a cultivarse en España una ciencia vacante desde los lejanos tiempos de Nebrija, Valdés, Sánchez, Correas y Alderete. Cuando Europa—ha poco más de un siglo—emprendió ardorosamente la investigación de los idiomas y de su sentido dentro de la historia de la cultura, España permaneció soñolienta y bostezante, sin aportar a la común tarea ni aun aquellas nociones que más habrían sido de esperar: las concernientes a su propia lengua. Sin la noble actividad de los hispanoamericanos Belló y Cuervo, el siglo XIX no habría poseído páginas en español dignas de figurar en la historia de la filología científica. La Gramática y la historia de nuestra lengua, de lo que más cerca roza el alma y la sensibilidad nacionales, echaron sus bases merced, sobre todo, al esfuerzo de los extranjeros.

Pero vino usted. No voy a incurrir en la impertinencia de contarle su propia vida. Recordemos tan sólo—porque es necesario a mi propósito—que allá por el año 1890, en el ambiente cursi y escéptico de la Restauración, su energía comenzó a labrarse la envoltura aisladora con que han protegido delicadas actividades cuantos españoles fraguaron nuevas vías a los reacios afanes de sus contemporáneos. Tuvo usted que aislarse ante todo de algún inflado maestro de seudofilología, que hizo cuestión personal el que usted no practicara la *Gramática* de Federico Díez y no se limitara a sus inanes explicaciones. Un certero instinto le llevó a buscar en revistas y trabajos de fuera lo que positivamente estaba ausente de nuestras aulas universitarias. Y así aconteció que en 1896 salió su primer admirable libro, *Los Infantes de Lara*, que, como era de esperar, dió lugar inmediatamente a críticas y desafectos paliques.

Ya dijo Menéndez Pelayo que ese estudio nacía en un desierto intelectual. Pero usted no se desalentó. Más allá de la frontera había algunos observadores de mayor excepción, tales como Gastón París o Heinrich Morf, que supieron discernir al punto el fino temple de su método, augurador de buenos días para la ciencia hispánica. Entre nosotros, su actividad de historiador de la literatura fué admirada desde luego por un hombre como Menéndez y Pelayo; pero su técnica filológica fué tildada repetidas veces de aridez matemática y extranjerizante. La evidencia, como siempre, acabó por triunfar. Hubo quienes quisieron seguirle en la senda nueva, que enderezaba hacia remotos y codiciadores paisajes. Y así nació en 1910 la Sección de Filología en este Centro de Estudios Históricos.

Lo que usted ha hecho en treinta años de continuo esfuerzo está explicado en la biografía inserta al final de esos tres gruesos volúmenes de homenaje, que hoy tenemos el placer de ofrendarle en nombre de sus discípulos y amigos al cumplirse veinticinco años de su magisterio en la Universidad de Madrid. El nombre de homenaje no me agrada mucho: hace pensar en vistosos pergaminos, en banquetes o condecoraciones, formas externas y vulgarizadas con que suele satisfacerse la humana vanidad. Estos tres volúmenes tienen otro sentido. Son, por lo pronto, obra de austeridad, ya que en ellos no hay una sola palabra de lisonja o elogio; sólo hay trabajo. Desde hace tiempo se ha introducido la costumbre en el mundo de la ciencia de presentar a sus más eximios cultivadores una colección de esfuerzos individuales. Los homenajes de otra índole suponen adhesión más bien exterior y, sobre todo, efímera; en obras de esta clase se tiende a que el rasgo de simpatía sea, a la vez, eficaz y duradero para la misma ciencia. ¿Qué mayor galardón que suscistar un considerable incremento en investigaciones coincidentes, nacidas en torno a un amplio movimiento de simpatía y respeto entre quienes forman nuestro gremio internacional? Y por otra parte, ¿qué mayor muestra de estima podemos darle que hacer en su honor lo que sabemos y tenemos por oficio? Cuando el juglar de la leyenda quiso ofrendar a Santa María algo personal y muy valioso, no recitó las usuales plegarias, sino que practicó ante ella sus habilidades más exquisitas. Así ahora unos cuantos aficionados al deporte histórico han venido a jugar ante usted una partida un tanto larga y empeñada; tan larga, que ocupa más de 2,200 páginas en cuarto muy mayor.

Por tercera vez un hombre de España da lugar a un homenaje internacional de esta índole, es decir, teniendo como tema las ciencias históricas y filológicas: Codera, Menéndez y Pelayo, y ahora usted. Y es gratísimo observar que el área de penetración de nuestros técnicos en el gremio de los especialistas internacionales es cada vez mayor. De una parte, va siendo vencida la resistencia que al principio hallaba un español, quien en igualdad de condiciones tenía que salvar muchos valladares para ser admitido y reconocido, a causa de la misma rareza de nombres españoles en esos talleres de la técnica y de la ciencia, y luego, es justo decir que su labor de usted no se ha limitado meramente a descubrir nuevos hechos históricos, sino que gracias a que tenemos nuevos métodos para la dialectología, para el estudio de las oscuras épocas en que se forman las lenguas románicas, para la historia de la literatura española, para la geografía de la canción popular y del romancero. Su obra de usted, aunque circunscrita a España por su tema, abre nuevos horizontes a la filología moderna. Y este carácter de su personalidad eminente es el que hoy consagran con reconocimiento indiscutible los filólogos de Europa y América al ofrendarle estos tres volúmenes, en los que han puesto también su mano fervorosa amigos y discípulos de España.

La Comisión organizadora del homenaje, al dar por terminada su tarea y al ofrecerle estos libros, le desea muchos y venturosos años de labor; y al mismo tiempo, da las gracias más rendidas a cuantos nos han prestado colaboración, asistencia y consejo para llevar a buen término este empeño mayor de sus discípulos y colaboradores en esta Casa. Lingüistas e historiadores de todo el mundo, sin diferencia de nacionalidad ni escuela, juntan sus nombres preclaros en esta gran publicación, reflejo fiel del estado en que se hallan los problemas de nuestra ciencia. La abundancia de los trabajos es tal, que apenas hay aspecto que no se encuentre representado. Su nombre de usted queda así unido a este bello esfuerzo colectivo, símbolo de la solidaridad científica. Para usted y para esta Casa, la ofrenda de este homenaje constituye una buena fiesta, una fiesta de la inteligencia, las cuales, según escribió nuestro D. Francisco Giner, son las únicas que no tienen lunes.

Palabras del Sr. Navarro Tomás

Hay en esta obra un trabajo que no tiene título ni firma, ni figura en los índices, ni será citado en las bibliografías. Es el trabajo que han puesto en la elaboración de estos volúmenes el afecto y la devoción que los colaboradores de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos sienten por su maestro, D. Ramón Menéndez Pidal.

Al calor de este afecto nació la idea de realizar el presente homenaje: se hizo circular esta idea por diversos países, vinieron de todas partes comunicaciones y artículos, se encontró una Casa editorial que con desinterés y entusiasmo tomó a su cargo la publicación de los materiales reunidos, y trabajando sin interrupción durante más de tres años, se ha logrado ver terminada la obra.

La Comisión organizadora incurrió al principio en un descuido grave. Se invitó a los colaboradores sin haber acordado de antemano la manera de hacer la publicación. Cuando nos dirigimos a la Librería y Casa Editorial Hernando, en quien, a decir verdad, siempre habíamos puesto la esperanza, los originales dispuestos para la imprenta, con su diversidad de formas, idiomas y escrituras y con su acompañamiento de mapas, facsímiles y demás ilustraciones, formaban un conjunto de tamaño y aspecto imponentes.

Verdaderamente, dado lo que hoy representa la publicación de una obra de esta especie, lo que íbamos a proponer a la Casa Hernando no era un negocio tentador. La presentación de dichos originales, y el breve cambio de impresiones que después de examinarlos hubo entre los editores, y que terminó en aquella misma entrevista con la solemne aceptación de la obra, fué un acto memorable que nos hizo pasar por una honda emoción.

Desde aquella fecha, los señores directores de la Casa Hernando han venido siendo nuestros colaboradores más entusiastas. Adquirieron letra nueva para estrenarla en esta obra, encargaron su composición a los tipógrafos más expertos, se hicieron fabricar expresamente el papel en que ha sido impresa, acordaron con generosidad regalar un ejemplar de la misma a cada colaborador, hicieron además una corta tirada especial en magnífico papel de hilo y no pusieron ningún inconveniente a que lo que al principio creímos que había de ser una obra en dos tomos, de unas 600 páginas cada uno, viniese a convertirse, por ampliaciones sucesivas, en estos tres gruesos volúmenes, cuyas 2,263 páginas representan casi el doble de lo que se había calculado.

Trabajos de técnica tan delicada y difícil como son, en su mayor parte, los que forman esta obra, no podían ser impresos sin que cada autor viese y corrigiese una vez, por lo menos, las pruebas de su propio artículo. Las combinaciones de tipos diversos, el empleo de signos especiales, los cruces de citas y referencias, la escritura, nada caligráfica, de muchos originales, las dificultades del ajuste de las páginas y otras mil complicaciones, han hecho que en muchos casos algunas pruebas hayan tenido que recorrer varias veces los caminos de Europa y América.

En la solución de estas dificultades, que inevitablemente han retrasado la terminación de la obra, hemos tenido frecuentes ocasiones de admirar el interés, el tacto y la experiencia que han puesto de su parte nuestros antiguos y excelentes amigos el regente Andrés Bolonio, el corrector Eusebio Sanabria, el lector Miguel Alonso y varios otros empleados de las secciones de cajas, máquinas y encuadernación.

Los que hemos seguido paso a paso la marcha del trabajo sabemos hasta qué punto han influído en la actitud de los señores editores y de sus auxiliares el motivo y carácter de la obra y el noble deseo de unir a la historia de su Casa una empresa que, aparte de lo que significa como esfuerzo científico, constituye un espléndido testimonio de lo que la tipografía española es hoy capaz de hacer. Rogamos a D. Narciso Perlado, gerente de la Casa Hernando, y a D. Félix Hernando, presidente de la misma, que ante la Sociedad a quien representan sean intérpretes de nuestros sentimientos de honda y verdadera gratitud.

En todo momento, el resorte mágico que ha allanado cualquier dificultad y ha unido las voluntades en un solo deseo ha sido la admiración por todos y en todas partes sentida hacia Menéndez Pidal. La mano cuidadosa que, utilizando ese maravilloso resorte, ha guiado el trabajo y le ha dado forma y unidad ha sido unánimemente, y sin distinción de personas, la Sección del Centro a que me he referido.

En esta Sección, fundada y atendida por Menéndez Pidal con el amor y el desvelo que pone en todas las obras que salen de sus manos, la admiración y el respeto al maestro van unidos a un afecto que por estar contenido y callado es aún más profundo y más vivo. En el carácter de Menéndez Pidal, lo mismo que en sus libros, la forma sobria, la expresión concisa y la línea severa encierran un hondo y extraordinario caudal de fervoroso interés hacia las personas y las cosas. Esta poderosa cualidad de su temperamento, que sin duda es uno de los más fuertes elementos que intervienen en la gran virtud creadora y constructiva de su obra científica, se refleja igualmente en el intenso atractivo de su trato personal.

A los oídos del maestro parecerá extraño este lenguaje en esta Casa y en labios del más impasible y menos comunicativo de sus discípulos. Se ha creído necesario, sin embargo, que también yo, en nombre de mis compañeros de sección, tratase de expresar de algún modo en este acto un sentimiento que está en el corazón de todos nosotros.

Llevamos muchos años al lado de Menéndez Pidal. Algunos de nosotros fuimos de los primeros estudiantes que pasaron por su cátedra cuando empezó su profesorado. Desde entonces, su enseñanza, sus estímulos y sus consejos vienen guiando nuestros pasos. En este homenaje, en que colaboran tantos nombres ilustres, nuestros trabajos, por su mérito y hasta por su colocación, figuran en último lugar. Nuestra satisfacción no está en lo que nosotros hemos escrito, sino en la labor de los demás. Vemos también con íntimo contento cómo en las páginas de esta obra figuran a nuestro lado otros hombres más jóvenes que han venido al Centro después que nosotros y que han recibido ya de nuestras manos lo que nosotros hemos podido comunicarles de la enseñanza de Menéndez Pidal.

Con la modestia de nuestros trabajos, con nuestro agradecimiento por su generoso concurso a las secciones de Arqueología y Arte, hermanas de la nuestra, y a tantos admirados amigos, compatriotas y extranjeros, con el recuerdo de los colaboradores fallecidos y de los compañeros ausentes, presentamos a usted, maestro, el primer ejemplar de esta obra que hoy se lanza al mundo llevando por título un nombre que usted ha hecho glorioso con su ciencia y con su virtud.

Palabras del Sr. Menéndez Pidal

Cuando, hace algún tiempo, tuve noticia de esta publicación, que se llevaba ya muy adelantada, quedé sorprendido de sus proporciones.

Sin el generoso empeño de la Casa Hernando, esta empresa hubiera sido imposible. Me uno por esto muy obligado a las justísimas manifestaciones de gratitud que acaba de hacer el señor Navarro, y felicito efusivamente a la Casa Hernando por renovar con la elegancia y esplendidez de esta publicación los buenos tiempos de la tipografía española dieciochista, demasiado olvidados al presente por urgencias del abaratamiento industrial, que merma y apoca todo lo que concierne al arte del libro.

Después debo dirigirme a la Comisión organizadora de esta empresa, a los presentes aquí, a los ausentes en países lejanos. La gratitud nunca encuentra frases adecuadas; por eso no me molesto en buscarlas ahora. Sé que me conocen ustedes y no esperan de mí que pueda hallar esas frases, tanto por más obligado como por menos expresivo que nadie.

Unos de ustedes fueron hace mucho mis discípulos, los que primero me acompañaron en el apartado camino, y en estos momentos me proporcionan la mayor satisfacción, la del padre que ve a su hijo excederle en valía, la del que aprende del antiguo discípulo. Otros de ustedes son discípulos de los que fueron mis alumnos. Todos comparten las preocupaciones diarias de ahora y de antes, y bien podemos recordar con tranquilidad los penosos años del comienzo, en

que era más dura que ahora la lucha por someter a un método austeramente científico una porción de cuestiones y problemas que entre nosotros solían andar muy fuera de él. Disfrutábamos entonces en abundancia los beneficios de la hostil reprobación y del leal disentimiento; pero contamos en seguida con el moral apoyo de algún insigne maestro; mis recuerdos imborrables de gratitud van ahora hacia los que ya han desaparecido: Gastón París, Menéndez Pelayo, Morel-Fatio, Enrique Morf.

Al fin la labor que se llevaba a cabo en la Universidad pudo ser ampliada en este Centro de Estudios Históricos, el cual, con su carácter postuniversitario, confirmaba y proseguía la orientación escogida. Y hoy, después de veinticinco años, podemos decir que el indispensable asentimiento, necesario para la modesta y oscura labor, está conseguido en gran parte. Bien nos lo muestran los numerosos amigos que se han asociado a ustedes para proporcionarnos este duradero sentimiento de satisfacción. Los tiempos peores han pasado, y esto permitirá que ustedes escojan aspectos y direcciones nuevas, cada vez más fecundas en resultados.

Las dificultades de antaño, en lo que a mí toca, se ven hoy recompensadas con máxima largueza por esta demostración afectuosa de tantos eminentes amigos y maestros que en gentil simpatía me dedican algo de su pensamiento y de su esfuerzo, por mí admirado y recibido siempre como ilustración y guía.

Entre las demostraciones de aprecio que los hombres creen conveniente dar a las personas que estiman, ésta es en verdad la más delicadamente concebida.

En los honores recibidos, lo que no es aliento estimulante es pesadumbre. Si son elogios benévolos, aunque los adorne con laurel de Apolo un Lope de Vega, ni dan fama a nadie ni pueden ser oídos por el agraciado sino como algo inquietante en que la pomposa apariencia acusa a la desnuda realidad; despiertan siempre la amargura del aparentar y no ser. Si son honores meramente decorativos, ni traen estímulo ni pesadumbre, sino sólo tumefacta vanidad.

Pero el honor que hoy me proporcionan ustedes es todo noble estímulo, sin mezcla ninguna de remordida inquietud.

En estos tres volúmenes que me honran acogiendo mi nombre en su portada, no hay elogio, como dice bien D. Américo Castro: sólo hay trabajo. Son como tres maravillosos crisoles cuya blanca incandescencia de hervoroso y potente trabajo atrae mi vista codiciosa. En ellos se funden preciados metales que el ya vasto comercio intelectual del hispanismo acarrea de las tierras más apartadas. Están llenos de estudios importantes, valiosos por muy varios modos, por la novedad del pensamiento y de la ejecución, por la profundidad técnica, por el ingente esfuerzo investigador; todos ellos, por el adelanto que traen a las múltiples cuestiones tratadas.

Estos volúmenes representarán siempre para mí una satisfacción capital en mi vida. Memorable symposion de más de 130 amigos esparcidos por todas las latitudes de la Tierra, desde la boreal Helsinki hasta la austral Santiago. Un mago bienhechor los reune aquí en apacible coloquio sobre las materias que habitualmente preocupan nuestro espíritu.

Y la luz y el noble estímulo que ese coloquio traen para mí lo agradezco como don supremo.

Al llegar a la edad de la vida cuando el tiempo fluye con la mayor rapidez, que anuncia la proximidad del abismo en que irá a perderse para siempre, se ve demasiado claro que lo que uno ha hecho en la vida es lo mínimo de lo que puede y debiera hacer. Entonces se agradece doblemente el afectuoso aliento que uno recibe con la simpatía de los demás para continuar lo poco que le queda del camino.

Gracias, pues, de todo corazón a todos los que han cooperado a la publicación que recibo en este instante.

Adhesiones recibidas

El secretario, don Homero Serís, dió cuenta de haberse adherido al acto por carta o telegrama los señores Allison Peers, profesor de la Universidad de Liverpool; Antoine Thomas, profesor de la Sorbona; Pierre Paris, director del Instituto Francés de Madrid; don Emilio Alarcos, catedrático de la Universidad de Valladolid; don Pedro Salinas, don Ramón Carande, Ots y Capdequí, don Demófilo de Buen, catedráticos de la de Sevilla; don Pedro U. González de la Calle, don Luis y don Francisco Maldonado, de la de Salamanca; don Juan Givanel, de la Academia de Buenas Letras de Barcelona; doctor don Pedro Barnils, Director del Instituto de Sordomudos de Barcelona; don José M.ª Chacón y Calvo, Secretario de la Embajada de Cuba, etc.

(El Sol, Madrid).

Palabras de Hugo D. Barbagelata sobre "Recogimiento"

«Otro poeta y amigo, el costarricense Rogelio Sotela, cuya fama marcha más ligera que los años, nos ha obsequiado con la segunda edición de *Recogimiento*, apuntes, comentarios y reflexiones que, por instantes, evocan la magistral figura de José Enrique Rodó. No es dable examinar en detalle una colección valiosa de pensamientos, ora profundos, ora oportunos, ora convencionales. Cabe sí reconocer que ellos forman entre lo mejor de la obra de Sotela, por sí variada aunque armoniosa».

L' Amerique Latine
No, 174, 2 de mayo de 1927.—París.

Junio 7 de 1926.

Mi estimado don Joaquín:

En el número de *L' Amerique Latine* correspondiente al 2 de mayo de este año, hay una «Revista de Libros» que firma Hugo D. Barbagelata; y entre los comentarios del gran escritor suramericano, hay uno referente a mi *Recogimiento*, que me llena de profunda satisfacción. Como ese libro salió al público con las andaderas que usted le puso, siendo usted quien se animó a acometer su edición primera, creo que sus lauros le pertenecen también. Por eso le trascribo esas líneas, por si lo cree justo insertarlas en el Repertorio. La saluda con toda simpatía,

Rogelio Sotela

N.—Gracias mil por el *descubrimiento* de Meabe; ¡qué sutileza y qué profundidad de genio y qué sencillez más pura! Yo no sabía nada de él. Debe de ser grandioso el libro de sus *Parábolas*.—Vale.

Suscríbase al Repertorio Americano y recomiéndelo a sus amigos.



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

El escorpión y la tortuga

(*Fábula persa*)

A la orilla de un río llegó, jadeante y medroso, un escorpión. La cola en arco, dispuesto a clavar su dardo ponzoñoso, el animal buscaba refugio ya que no podía proseguir su marcha.

Una tortuga salía del agua en esos momentos, y al ver tan inquieto al escorpión, le preguntó qué le pasaba. Contestóle el alacrán su pena, y la tortuga, condolida, le ofreció pasar al otro lado del río para que siguiese tranquilo y seguro su jornada.

En la mitad de la corriente, la tortuga oyó un ruido extraño sobre su caparazón. Temiendo que algo le sucediese a su compañero, preguntó:

—¿De qué procede, amigo, ese ruido?

—Lo que estás oyendo, contestó el escorpión, es el golpe de mi chuzo que pretendo hundir en tu lomo. Sé muy bien que no lo conseguiré nunca; pero no puedo, amiga, resistir a mi instinto.

Viendo el cuadrúpedo tanta maldad, replicó:

—Lo mejor que yo puedo hacer, es librar al malvado de su propia perversidad, y poner a los buenos al abrigo de sus ataques.

Y diciendo esto, se zambulló en el agua, y el perverso alacrán se ahogó al arrastrarlo la corriente.

La vuelve a contar
JUAN RAMÓN URIARTE.

Cuentecillo para animalitos formales

Marta Cebellina (*Mustela Zibellina*) era una doncella mamífera, altiva y casta como Artemis, que solía cazar a orillas de un incógnito y misterioso río en el cual hacía guerra a los peces diariamente un regio mancebo, soñador como Endimión, conocido en la comarca con el nombre de Martín Pescador (*Ceryle Torquatus*), donde era célebre por su copete de plumas y su mágico collar.

El alado, gracioso efebo y la recatada aunque peluda damita se veían frecuentemente, se entretenían en dulces flirteos que ya se usaban, y, a pesar de sus antagónicas condiciones zoológicas, llegaron a apasionarse mutuamente y se amaron con aristocrática locura, como personas inteligentes y elegantes. *Eros regnat super terram.*

El Papa Gayo (*Psittacus erithacus*), pontífice de la Selva, tuvo a bien permitir su enlace, a que se oponían los cánones y encíclicas de la época, alegando que, aunque tenían escasa similitud orgánica, les acercaba un carácter biológico de alta significación en su pueblo: ambos eran ricos y cazadores. Con tal motivo escribió y luego dió a la estampa, una docta argumentación tan larga, convincente e insustancial que debieran copiarla, aprenderla e inspirarse en ella los candidatos para congresistas en estos días católicos en que quiere morir el sentido común. Está en mi poder tal documento y a las órdenes.

Casáronse los enamorados un hermoso día o, más bien, una noche primaveral, según versión, que no discuto, de la locuaz y erudita escritora que firma con el nombre de Marica (*Corvus pica*). Lo mismo da.

Fueron padrinos, por parte de la desposada el doctor Perico Ligero (*Acheus Ai*) equilibrista político muy apreciado, a quien yo califiqué una vez como antisocial y digno de lástima pero que se ha civilizado últimamente, quizá debido a nuestros taumaturgos directores de la instrucción pública, que se habrán conformado con que si no aprenden los niños, que se gradúen los Perezosos. Por elección del novio, fué padrino el honorable Tío Judío (*Santator striatipectus*), rabino connotado y muy avaro.

Nada menos que un Cardenal (*Pyrrhocephalus rubineus*) les dió la bendición nupcial, y cuentan las crónicas de la Selva, que ese día estrenó un riquísimo ornamento de plumas purpúreas que hizo época en aquellas soledades. El Periquito (*Psittacula conspicilliata*), avecilla bulliciosa y parlera, alegró con chistes y mentiras el numeroso festín; Angelita (*Trigona amaltea*) salió de su casa, situada en un viejo tronco, muy pequeñita, melindrosa y simpática, y ofreció a los novios una copa de su dulce y acendrada miel; el maestro Grillo (*Gryllus familiaris*), con su resonante orquesta de violines desapacibles y melancólicos, les dió una serenata que fué muy elogiada por la prensa insectil; el hechicero Bruja, amigo mío, ¿recordáis (*Pavonia Idomeneus*), desgraciadamente, afligió a los recién casados con quiméricos e inesperados pronósticos.

Uno de éstos se cumpilió a despecho de Cupido y otros ratoncillos del Olimpo. Efectivamente, nació al poco tiempo la primogénita de aquel revesado matrimonio, a la cual dieron el nombre de Marteja (*Nyctipithecus trivirgatus*) para reponer a la mamá. La sacó de pila, como dicen en esa nación, una prima de doña Marta, que fué después conocida, por antonomasia y cariño, con el nombre de Comadreja (*Mustela aureoventris*).

Pero el hado funesto hizo que la ahijada no tuviera una sola facción heredada de papá, y pocas semejantes a su madre, pues en realidad era una mona del orden de los Simios. Martín creyó perder el juicio, que no tenía: Marta se despechó y sacó las uñas, amenazadora.

¡Qué horror! Los que tánto se amaban, se indignaron, se aborrecieron y se separaron para siempre, dejando abandonada la recién nacida que, más tarde, fué adoptada por la vieja Paca, alias «La Guagua» (*Coelogenys Paca*), rechoncha y gruñona roedora. Decían las malas lenguas que la linda marteja era fruto de ciertos maleficios y embelecos mágicos del maldito Brujo, el viejo lepidóptero, que obraron de un modo misterioso en el vientre de la Cebellina.

Esta es la historia que hoy cualquier animalito formal oirá contar en la Selva. Para quienes sean personas de verdad y aficionadas a las ciencias naturales, he puesto, entre paréntesis los verdaderos nombres de los personajes que figuran en este sencillo y lamentable acontecimiento, tomándolos de los libros parroquiales de la Selva.

JOAQUÍN ANTONIO URIBE

Medellín, Colombia.



Un códice de Fedro

En Pavia, en un rincón de la Certosa, se ha descubierto un nuevo códice de Fedro. No faltan manuscritos de Fedro; pero éste ofrece la particularidad de que algunos apólogos están interpolados y continuados, no por el copista del códice, que debió de ser, por la escritura, un clérigo del siglo XIII, sino por algún retórico del siglo II, que escribiría el Fedro corregido y aumentado, de donde se trasladó la copia medieval.

El interpolador y continuador anónimo de Fedro acaso fué un sirio escéptico como Luciano de Samosata. Algunas de las interpolaciones que ofrece el texto contienen alusiones que hoy no es posible descifrar, y que ocuparán acaso a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y a las demás corporaciones eruditas; pero otros de los agregados son de claro sentido y siguen la filosofía del fabulista, aunque a veces la conducen a una conclusión inesperada.

Uno de los apólogos refundidos es el de las ranas que pidieron rey a Júpiter. Este apólogo, vulgarizado por las versiones de los fabulistas modernos, es una fábula política que contó Esopo a los atenienses cuando murmuraban de Pisistrato. Pisistrato era un tirano ilustrado y soportable; mas los atenienses suspiraban por la libertad. Esopo, con su prudencia de fabulista y de esclavo, les advertía que podían caer en peores manos.

Para explicar la variante contenida en el nuevo códice conviene recordar la breve acción de la fábula primitiva en las versiones corrientes.

Las noveleras ranas, queriendo dar lustre a su república, pidieron a Júpiter un rey. Júpiter, que sabía más que las ranas, les envió un madero, un rey completamente inofensivo, que no se metía en nada. Al estrépito que produjo el madero cayendo en la laguna las ranas se zambulleron asustadas. Luego fueron saliendo a ver el rey que les enviaba Jove. Viendo que era un madero, se subieron en él y comenzaron a jugar y a hacer bellaquerías encima. Después, cansadas de aquellos ejercicios, volvieron a su tema y pidieron a Júpiter que les enviara otro monarca de más aparato. Incomodado el Tonante de tanta impertinencia, les mandó una hidra, que se puso a devorar concienzudamente a las ranas.

«El pueblo de la laguna—dice el continuador de Fedro—, consternado por la matanza, se juntó en asamblea. Una de las ranas propuso enviar al hijo de Saturno otro mensaje. «¡No más embajadas!—clamó la junta—. No excitemos la cólera de Júpiter». Otras querían declarar la guerra a la hidra; mas el serpentón era imponente, y las ranas, aunque muchas, débiles y cobardes. Prevaleció el parecer de consultar al oráculo.

Enviaron, pues, su embajada a Dodona. Las ramas de las encinas sagradas, movidas por el viento profético, empezaron a agitarse, y los vasos de bronce hablaron, al chocar, en su lengua misteriosa. Los *hypothetes* o adivinos, de sabios oídos, dijeron a las ranas, después de cobrarles el precio de la consulta: «El oráculo os aconseja pedir a Zeus otra hidra».

Desconfiaron las ranas de los *hypothetes*. Ya tenían bastante para su aflicción con la hidra presente; pero como eran ranas de buenos principios, respetuosas de los oráculos, obedecieron, y otra vez se presentaron a Zeus suplicantes: «Danos, ¡oh Dios!—le dijeron—, otra hidra. Queremos tener dos sufetas, como los fenicios».

Jove las miró asombrado de tanta insensatez, pues no estaba en el secreto del oráculo. «Raza insensata —les respondió—, ya que quieres acelerar tu destrucción, tendrás lo que pides, y será mi última merced».

* *

La nueva hidra imitó a la primera en lo de comerse a las ranas, siguiendo las tradiciones de su raza. Al principio las hidras no se molestaban una a otra; pero luego los monstruos empezaron a mirarse con ojeriza, y un día, después de descomunal batalla, quedaron las dos muertas, flotantes en la laguna como dos troncos verdosos.

Las ranas, jubilosas al enterarse de aquel fausto desenlace, dieron las gracias al oráculo. Quedaba por ver lo que haría Júpiter.

Aunque iracundo, no era un dios cruel como los de Oriente. Curioso de ver en qué paraba la sandez de las ranas, fué a echar un vistazo a la laguna. Era un día en que Jove se había levantado de buen humor. El Olimpo estaba tranquilo.

Aquel dios robusto y sensual pensaba acaso que los brazos de Danae eran más bellos que los de la misma Juno y que él había gozado de unos y otros. Ganímedes, el copero, le había servido bien (no hay que olvidar que el dios era un griego bastante complejo).

Vió a las hidras muertas. Su primer movimiento fué de cólera; pero como, en el fondo, le eran indiferentes las hidras y las ranas, se aplacó, y lanzando un gran grito a la laguna, con voz de trueno, dijo: «¡Animales impertinentes, vivid en paz en lo sucesivo y no molestéis más a los dioses!»

«Atenienses, imitad a las ranas—dice el fabulista como moraleja—, las cuales, después de oír el vozarrón de Júpiter, se dijeron muy contentas: no más hidras ni más memoriales a Júpiter. De hoy en adelante nos arreglaremos nosotras mismas como podamos».

ANDRENIO

(*La Voz*, Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica